

Título en Inglés: “Awakenings”



Por:

Fr. Thomas Keating, O.C.S.O.

1

2

Contenido del libro “Despertares”:

Capítulo 1 El Final de nuestros mundos

Capítulo 2 Viviendo como si Dios estuviera Ausente

Capítulo 3 Cristo en la Tormenta

Capítulo 4 La Mujer Cananea

Capítulo 5 La Mujer Adúltera

Capítulo 6 El Cuestionamiento a Pedro

Capítulo 7 La Suprema Expresión

Capítulo 8 Los Frutos del Espíritu

Capítulo 9 La Cura del Hombre Ciego

Capítulo 10 El Hijo Pródigo

Capítulo 11 El Dios Oculto

Capítulo 12 La Mujer Penitente

Arrepentida

Capítulo 13 El Gran Mandamiento

Capítulo 14 Nuestra Señora de los Dolores

Capítulo 15 Cristo el Rey

Capítulo 16 La Celebración en la Casa de Mateo

Capítulo 17 Esperando a Dios

Capítulo 18 El Perdón

Capítulo 19 El Deber de Confrontación

Capítulo 20 La Libertad de los Condicionamientos Culturales

2

3

Capítulo 21 La Puerta Estrecha

Capítulo 22 El Vino Nuevo

Capítulo 23 Navidad

Capítulo 24 Epifanía

Capítulo 25 La Fiesta de San José

Capítulo 26 Domingo de Ramos

Capítulo 27 Jueves Santo

Capítulo 28 La Vigilia Pascual

Capítulo 29 La Ascensión

Capítulo 30 La Asunción

Traducción: Eric Rivas Salazar

3

4

C a p í t u l o 1

Eventos en el ministerio de Jesús

“E L FINAL DE NUESTROS MUNDOS”

“Cuando Él escuchó que Juan había sido arrestado, se retiró a Galilea. El dejó

Nazareth y se fue a vivir a Cafarnaún a orillas del lago, en los territorios de Zabulón y

Neftalí. Esto ocurrió para que se cumpliera lo que había dicho el profeta Isaías:

“Tierras de Zabulón y de Neftalí,

más allá del Jordán, a la orilla del mar,

Galilea de los paganos.

El pueblo que andaba en oscuridad vio una gran luz;

Una gran luz iluminó a los que vivían en sombras de muerte”.

Desde entonces comenzó Jesús a proclamar: “¡Volveos a Dios, porque el Reino de

los Cielos está cerca!” (Mateo 4: 12-17).

Adviento es la estación litúrgica que celebra el tema de la divina luz. Esta gran luz

encarnada en Jesús, confronta cualquier clase de oscuridad, ilusión, ignorancia. Si tu

reflexionas por un momento en los naturales ciclos de la vida, nuestro mundo siempre está

llegando a un fin. El mundo de la matriz llega a su final con el nacimiento; el mundo de la

primera infancia llega a su fin alrededor de los tres años; la niñez llega a su fin con la

adolescencia; la adolescencia con la juventud; la juventud con la crisis de la edad adulta;

entonces viene la vejez, la senilidad y la muerte. La vida es un proceso. La experiencia del

crecimiento o la declinación de la energía física nos fuerzan a dejar ir cada período de la

vida a medida que lo atravesamos. Entonces la vida física está cediendo el paso a mayor

desarrollo. No debería haber sorpresa, de aquí que Jesús nos invita a dejar a nuestros

mundos privatizados de nuestros apegos emocionales, ideas preconcebidas, y valores pre-

empacados llegar a su fin.

Uno de los mensajes del Adviento, especialmente el tema del fin del mundo, no es

con mucho sobre el fin del mundo ni aún sobre la muerte física, lo cual es el fin del

presente mundo para cada uno de nosotros—sino acerca de todos los mundos que llegan a

su fin en la evolución natural y espiritual de la vida. Así, cada vez que nos movemos a un

nuevo nivel de fe, el mundo previo que nosotros vivimos con todas sus relaciones, llega a

su fin. Esto es lo que Juan el Bautista y posteriormente Jesús quisieron decir cuando

iniciaron sus ministerios diciendo, “Arrepiéntanse”.El mensaje que ellos tuvieron la

intención de pasar era, “Es el final de nuestro mundo”. Naturalmente, no nos gusta

escuchar tales noticias; no nos gusta el cambio. Nosotros decimos, “Desháganse de este

hombre”.

El proceso de conversión comienza con la genuina apertura al cambio, apertura a la

posibilidad de que, tal como la vida natural evoluciona, así también, la vida espiritual

evoluciona. Nuestro mundo psicológico es el resultado del crecimiento natural, evento

sobre el cual no tuvimos control en nuestra lejana primera infancia, y de la Gracia. La

Gracia es la presencia y acción de Cristo en nuestras vidas invitándonos a dejar ir

donde nosotros estamos ahora y a estar abiertos a los nuevos valores que nacen cada

4

5

vez que penetramos a un nuevo entendimiento del Evangelio. Más aún, Jesús nos llama

a arrepentirnos no tan sólo una vez; es una invitación que se mantiene permanentemente.

En la liturgia, esto se repite varias veces al año, especialmente durante el Adviento y

Semana Santa. También puede darse en otras ocasiones a través de diversas circunstancias:

desilusiones, tragedias personales, o el estallido dentro de la conciencia de alguna

compulsión o motivo secreto del que no estemos advertidos. Una crisis en nuestras vidas no

es una razón para escapar; es la voz de Cristo invitándonos a aceptar más de la ‘divina luz’.

Más de la ‘divina luz’ significa más de lo que esa ‘divina luz’ revela, que es la vida divina.

Y mientras más vida divina recibimos, más percibimos que esa vida divina es amor

puro.

Cuandoquiera que aceptamos la invitación para dejar-ir nuestro nivel actual de

comunicarnos con Cristo por uno nuevo, podemos sentirnos temerosos. Una confortable

relación con Cristo—nuestro pequeño mundo de lecturas, oraciones, devociones, o

ministerios—es bueno. Pero justamente a medida que el proceso de la vida se mueve día a

día, la Gracia de Cristo inexorablemente nos llama más allá de nuestras limitaciones y

miedos dentro de nuevos mundos. Como Abraham, el clásico paradigma de fe, Jesús nos

pide dejar tierra, familia, cultura, grupo de amigos, educación religiosa, todo de lo que

podamos aferrarnos, con el fin de establecer una identidad o evitar sentirnos solos. Todo

esto Jesús gentil pero firmemente nos llama a dejarlo atrás diciendo, “Salte de tu país y de

la casa de tus padres y ven a la tierra que yo te mostraré”.

La llamada a la oración contemplativa es una llamada a lo desconocido. No es una

llamada a ninguna parte, pero no es un lugar que podamos imaginar. Cada vez que

consentimos a un crecimiento de nuestra fe, nuestro mundo cambia y nuestras relaciones

tienen que ajustarse a la nueva perspectiva que nos ha sido dada. Nuestras relaciones con

nosotros mismos, con Jesucristo, con nuestros vecinos, con la Iglesia—aún las buenas en sí

mismas—todo cambia. Es el fin del mundo que hemos conocido previamente y en el cual

vivimos. A veces el Espíritu deliberadamente hace añicos esos mundos Si hemos dependido

de ellos para ir a Dios, podríamos sentir que hemos perdido a Dios. Podríamos tener dudas

sobre la verdadera existencia de Dios. No es del Dios de la fe del que estemos dudando,

sino del Dios de nuestros limitados conceptos o dependencias; este Dios nunca ha existido,

por cierto. La fe pura es la purificación de nuestros apoyos humanos en nuestra

relación con Dios. A medida que renunciamos a aquellos, nos relacionamos más

directamente con la divina presencia, aun cuando pudiese sentirse como el final de

nuestra vida espiritual.

Así, la segunda parte del mensaje de Jesús es importante; si tú te arrepientes y estás

dispuesto a cambiar, o a dejar que Dios te cambie, el Reino de Dios está cerca. De hecho, tú

lo tienes; está dentro de ti y puedes comenzar a gozarlo. El Reino de Dios pertenece a

aquellos que han dejado ir sus actitudes posesivas hacia todo, incluyendo a Dios. Dios

es don puro; no podemos poseerlo por nosotros mismos. Podemos poseerlo sólo al

recibirlo y compartirlo con los demás.

-oo-

5

6

C a p í t u l o 2

Sucesos en el ministerio de Jesús

“VIVIENDO COMO SI DIOS ESTUVIERA AUSENTE”

“Cuando Él desembarcó y vio al enorme gentío, su corazón se compadeció de

ellos, porque parecían ovejas sin pastor; y entonces comenzó a enseñarles muchas cosas.

Sucedió que ya era tarde y sus discípulos se aproximaron a Él y le dijeron: ‘Este es un lugar

desierto y ya es muy tarde; despídelos para que ellos puedan ir a las fincas y villas cercanas

y así compren algo para comer’. Él les dijo en respuesta: ‘Denles ustedes algo para comer’;

pero ellos le respondieron: ‘¿Vamos a comprar el equivalente de doscientos días de salario

en alimentos y se los daremos? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tienen? Vayan y vean’. Y

cuando ellos lo averiguaron, le dijeron: ‘Tenemos cinco panes y dos peces’. Entonces Él

mandó que sentaran a la gente en grupos sobre el pasto. La gente se acomodó por filas de a

cien y cincuenta; entonces tomó los cinco panes y los dos peces y mirando al cielo los

bendijo, tomó los panes, los partió y se los dio a sus discípulos para ofrecérselos a la gente;

Él también dividió los dos peces entre ellos de la misma forma. Todos comieron y quedaron

satisfechos, y (los discípulos) recogieron doce cestas de mimbre con lo que sobró de los

panes y peces. En total, los que comieron eran unos cinco mil, sólo los hombres.”

(Marcos 6: 34-44).

Esta ocasión, es una de aquellas imposibles situaciones que emergen regularmente en

el curso de la vida ordinaria. Era tarde en un día agotador; una multitud lejos de sus hogares

y sin nada que comer. Los discípulos, viendo la situación pensaron en una solución; fueron

donde Jesús y le dijeron: ‘Es hora de despedir a la gente para que vayan a conseguir alimento

y a hospedarse en los alrededores.’ Ellos no vieron a Dios en ese momento; solamente vieron

justamente el predicamento como seres humanos. Jesús, por supuesto, no sólo vio el lado

humano de la situación; Él vio asimismo la presencia de Dios en ello. La perspectiva es bien

diferente cuando, como Jesús, uno es sensible a lo que Dios está tratando de hacer.

Santa Teresa de Ávila dice que cada dificultad en la oración, viene de un fatal

defecto, se ora como si Dios estuviera ausente. Nuestra travesía espiritual como un todo,

tiene el mismo fatal defecto: buscamos a Dios como si éste estuviera ausente. Cada día

ordinario tiene el mismo defecto: vivimos como si Dios estuviera ausente. Una de las

maneras favoritas de vivir esto es, mantener aplazada nuestra búsqueda de Dios, nuestra

oración o nuestra conversión hasta después de que nuestros problemas inmediatos hayan sido

despejados. Nosotros sobrevivimos a situaciones difíciles con la vana esperanza de que algún

día, en algún lugar, tengamos tiempo de hacer lecturas espirituales, acudir a dirección

espiritual, y hacer penitencia, para llegar a ser santos o vivir en un monasterio. Si tú has

tomado algún retiro, tú sabes que la práctica espiritual se hace mejor en soledad. Podrías

decirte a ti mismo: ‘¿No sería fantástico si pudiera vivir en atmósfera de retiro todo el

tiempo? Puesto que de ese modo viven en el monasterio, pienso que podría solicitar entrar

con los trapenses o los carmelitas.

Esta es una tentación favorita de casi todos durante la travesía espiritual. No

podemos ver la presencia de Dios precisamente donde estamos, ni en las situaciones

6

7

concretas en donde nos encontramos con nosotros mismos. Por el contrario pensamos: ‘Si tan

sólo tuviera las circunstancias adecuadas para orar, todo estaría bien’. El pensamiento de

Dios siempre estaría conmigo; oraría todo el tiempo como los santos monjes y las monjas de

claustro.

Yo no estoy seguro que los monjes y las monjas de claustro estén orando más de lo

que tú lo estás. Ellos tienen problemas también. Si viven en una granja, las mismas

tentaciones emergen: ‘Yo dedicaré más tiempo a la oración después de la cosecha’. Si son

oficinistas: ‘dedicaré más tiempo a la oración tan pronto pague las cuentas de este mes’.

He aquí la clásica tentación por la cual posponemos vivir en la presencia de Dios

hasta algún momento futuro. Algunos ejemplos de ello: ‘dedicaré más tiempo a la oración

tan pronto mis hijos crezcan; tan pronto mi esposo supere su enfermedad; apenas deje yo de

trabajar fuerte; cuando pueda yo calmar los problemas personales que enfrento en el trabajo.

En otras palabras, ‘yo pondré mi mente en la travesía espiritual tan pronto como terminen

mis problemas inmediatos’. Nuestra respuesta a la vida es poner toda nuestra energía en

sobrevivir a las dificultades del momento, creyendo que solamente cuando éstas estén bajo

control, seremos capaces de practicar para estar en la presencia de Dios. Nosotros

mantenemos la ilusión de que Dios no está presente ahora y aquí, de que Dios no está en las

dificultades de cada día. Esta manera humana de juzgar, es carente de fe. Somos como Felipe

cuando en la Última Cena le dijo a Jesús ‘Señor, muéstranos al Padre, y con eso nos basta’.

Jesús le respondió: “Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y no me

conocen? Quien me ve a mi, ve también al Padre…” Si las situaciones ordinarias de la vida

pudieran hablarnos, nos dirían: ‘¿Cómo es que tú no nos reconoces? El que nos ve a nosotras,

ve a Dios’. Dios está presente en las dificultades y en las situaciones imposibles. Su

presencia está allí no sólo ontológicamente, porque su ser está en todos lados, sino también

porque la divina acción está presente en cada evento. Supongamos que un cierto día estamos

diciendo devotos ideales mientras manejamos por la carretera y de repente se nos estalla una

llanta. Cuando no podemos hallar el gato, rezamos. Tratamos de hacer el dedo para que

alguien se detenga, pero nadie para; muy pronto estamos alterados. Llamamos a un camión

de remolque. Sólo cuando hemos llegado a casa y tenemos el auto en el garaje, podemos

pensar en Dios de nuevo. ¿Dónde estuvo Dios durante esta situación? ¿Se atomizó?

Necesitamos cultivar lo que Bernadette Roberts llamó ‘El Dios de cada día’. Los

rayos X de la fe no esperan a que todo marche idealmente y en paz antes de relacionarse con

Dios. La fe dice: ‘Bien, esta es una extraña situación, una desesperada situación, una

situación imposible; ¿qué es lo que Dios me está diciendo o qué me está pidiendo hacer?

Para el Juicio Final, de acuerdo con la parábola, los servidores de Dios le dirán:

‘Señor, ¿cuándo estuviste sediento, o hambriento, en prisión o desnudo?, y Él responderá:

“Cuantas veces lo hicisteis con estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis”.

Las situaciones imposibles pueden sucederle a los demás: enfermedad, desastre, o

enorme inconveniencia. Como nosotros reaccionemos, es la respuesta a la presencia de Dios.

Viviendo la vida diaria como si Dios estuviera ausente es la falla fatal de la travesía

espiritual. La idea de que Dios está ausente es tan sólo un pensamiento o sentimiento; si uno

puede romper esa ilusión y desechar el sentimiento, lo habrá logrado. ¡Dios no puede estar

ausente! Tratarlo a Él como si lo estuviera, es un insulto. Es como decirle a Dios: ‘Tú no

estás en mi vida, no al menos en esta situación’. Yo oraré cuando deje este avión; cuando

7

8

este cansado sermón termine; cuando finalmente obtenga mi divorcio; cuando esta dolorosa

situación en la oficina se resuelva; cuando la energía que necesito para superar esta situación

imposible esté de vuelta’.

Jesús pudo ver en esa multitud de personas hambrientas y fatigadas, y en esa

situación imposible, la invitación de Dios a Él para hacer un milagro. El estaba conmovido

sólo porque vio al Padre proceder de ese modo. Su sensibilidad por la divina compasión,

intensificaba su percepción de que, en una situación en donde no había alimento, Él sabía que

el Padre haría algo para proveerlo. Si Él hubiese visto esa situación como una imposibilidad

más y hubiera enviado a la gente a sus casas, la preocupación de Dios por esa necesidad

humana, no se hubiera manifestado.

En la vida cotidiana, el Espíritu nos está hablando de diversas maneras. Cristo está

presente bajo diferentes apariencias. En la tragedia humana, hay algo que el Padre quiere que

hagamos para traer la sanación. La dimensión contemplativa del Evangelio, mantiene elevada

en intensidad esta sensibilidad. Cuando uno sigue la inspiración del Espíritu, resultan

cosas que no habrían podido ser previstas; de aquí la necesidad de cultivar la presencia

de Dios y la acción en situaciones en las cuales parece imposible hacer algo. El misterio de

Cristo está trabajando en todo, aún en lo humilde y monótono. Nuestra respuesta puede

estar inspirada por el falso-yo o por el Espíritu. Si es por el Espíritu, las consecuencias

serán inmensas, tanto para mí como para los demás, y quizás para toda la familia

humana.

-

oo-

8

9

C a p í t u l o 3

Sucesos en el ministerio de Jesús

“CRISTO EN LA TORMENTA”

“Entonces Él mandó a sus discípulos que entraran al bote y se le adelantaran

hasta la otra orilla del lago, mientras despedía a la gente. Después de hacer esto, subió a la

montaña para retirarse y orar. Cuando atardecía, permaneció allí solo. Mientras, el bote

que se alejaba

varios kilómetros, era sacudido por las olas ya que el viento soplaba de

frente. Durante la cuarta hora de la noche, Él vino hacia ellos caminando sobre el mar.

Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua quedaron aterrados diciendo ‘es

un fantasma’ y gritaron de pánico. Al mismo tiempo, (Jesús) les habló diciendo: “Ánimo, soy

Yo, no teman”. Pedro, en respuesta le dijo: ‘Señor, si eres tú, mándame que vaya hasta a ti

sobre el agua’; Él le respondió, “Ven”. Pedro salió del bote y comenzó a caminar sobre el

mar hacia Jesús, pero cuando él vio cuan fuerte estaba el viento, le entró miedo y

comenzando a hundirse, gritó: ‘Señor, sálvame’.Inmediatamente Jesús extendió su mano, lo

tomó y le dijo: “Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?” Después de que ellos hubieron

entrado dentro del bote, el viento se calmó. Aquellos que estaban en el bote, le rindieron

honor diciendo:’Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios”.

(Mat. 14: 22-33)

Leamos este dramático texto desde la perspectiva de nuestra propia experiencia de

gracia. En la fiesta de Pentecostés, el Espíritu de Cristo, vertido sobre los discípulos

originales, se vierte igualmente sobre nosotros. Año con año esta fiesta purifica nuestro

aparato receptivo de tal manera que podamos sintonizarnos en unos más profundos, más

delicados y fascinantes mensajes del universo y su fuente.

Jesús ha pasado la noche en oración. ¿Cómo hizo Él para que sus discípulos tuvieran

un mejor entendimiento del Reino de Dios? El Reino implica un cambio de valores al más

profundo nivel. Este es un proyecto que aterra a la mayoría de la gente. Teóricamente sería

magnífico crecer. En realidad, normalmente decimos, ‘Vamos a esperar unos cuantos días,

semanas o años’.

Jesús estaba inspirado por el Espíritu para usar esta oportunidad de llevar a sus

discípulos a un nivel más profundo de entendimiento. El Evangelio no es tanto una

enseñanza, sino una ‘transmisión’. Por el Viejo Testamento conocemos acerca de Elías

encontrándose con Dios en el huracán, en el terremoto, y en el fuego. Un huracán destruye

las rocas, tirándolas de arriba a abajo, arranca todo y lo levanta. Un terremoto estremece la

tierra bajo uno. El fuego es algo de lo que uno corre tan rápido como puede. El huracán y el

terremoto son símbolos de oposición desde afuera. El fuego es la imagen de la tentación

interior. El huracán, el terremoto y el fuego son los contratiempos y agobios que nos

alcanzan en el transcurso de una travesía espiritual.

Los discípulos en el bote, maltratados y golpeados por el viento y las olas, son los

símbolos de aquellos que tratan de acatar el Evangelio y enfrentan varias clases de oposición.

Ellos se encuentran con el discípulo ingenuo quien piensa que habiendo aceptado a Cristo, la

9

10

oración y la meditación van a proveer una alfombra mágica para el gozo, o aún mejor, para el

éxito financiero en este mundo. ¡Ni pensarlo!

En medio de esta tormenta, una figura emerge afuera de las tinieblas. Lo que los

discípulos pensaron que habían visto, era algo que uno podría fácilmente visualizar a las 3:00

a.

m. : ‘es un fantasma’, Jesús está caminando sobre las aguas. Él emerge de la tormenta; esto

significa, en sentido real, que está en la tormenta, en el viento y en las olas. Pedro escucha la

invitación para ir a Jesús sobre las aguas. En otras palabras, Pedro es invitado a permanecer

asido de Jesús en medio de la oposición, el desengaño, y el acortamiento de la fe. Pedro es el

símbolo de aquellos cuya fe percibe que el viento no sólo es viento, sino Cristo,

invitándonos a encontrarlo en medio de la oposición y la tentación.

La inmediata respuesta de los discípulos es el terror, y comienzan a gritar, temerosos

del fantasma que está acercándoseles. Jesús los llama: “Miren, en verdad soy Yo, ¡No teman!

Entonces Pedro le dice, ’Señor, mándame ir a ti sobre las aguas’. Jesús le dice, “Ven”. Pedro

camina sobre las olas, ¡Está caminando sobre el agua. El camina hacia el Señor en medio de

los elementos. Se aferra a su preciada vida por la presencia de Cristo en medio de la

tormenta.

De repente el viento se incrementa; una ola se estrella sobre sus piernas y le salpica el

rostro. Ahora hay un pequeño cambio de su enfoque, de Jesús, a la situación actual.

Comienza a hundirse y grita. “Señor, sálvame”; de inmediato Jesús lo alcanza, lo toma de la

mano y lo jala dentro del bote. Enseguida sobreviene una gran calma y los apóstoles atónitos

exclaman, “Verdaderamente Tú, eres el Hijo de Dios”.

Es agradable saber que no debemos esperar el éxito la primera vez que tratamos de

ver a Dios en medio de las dificultades, desde adentro o desde afuera. Nosotros erramos las

primeras pocas veces; cuando comenzamos a hundirnos, solamente tenemos que pedir ayuda

y Dios parece moderar la intensidad de la prueba, de tal manera que podamos tener un breve

descanso y tratar de nuevo. El ‘de nuevo’ para los apóstoles, era la crucifixión de Jesús y

ellos hundidos. Las pruebas siempre se miran como situaciones imposibles; tratamos de

aceptarlas, pero se ponen demasiado agobiantes. Nuestra fe y nuestra confianza se marchitan

y comenzamos a hundirnos. Pedimos ayuda y Jesús nos rescata. Hay una breve calma; si

continuamos la jornada, el viento y las olas continúan de nuevo. Nuevamente tratamos de

encontrar a Jesús en los particulares contratiempos y de nuevo comenzamos a ahogarnos. Él

nos toma hacia fuera. Esta es la historia de la jornada espiritual de cada uno; el único

error es caerse y permanecer caído; hundirse y no gritar por auxilio.

Poco a poco vamos siendo capaces de escuchar la aún leve voz en medio del huracán,

el terremoto o el fuego. Dios está escondido en las dificultades. Si lo podemos encontrar allí,

nunca lo perderemos. Sin dificultades, no conocemos el poder de la misericordia de Dios y el

increíble destino que tiene para cada uno de nosotros. Debemos ser pacientes con nuestras

faltas. Siempre hay otra oportunidad a menos que vayamos a tierra y permanezcamos allá. A

situación de no- riesgo, es mayor el peligro de estar allí. Encontrarnos con los vientos y las

olas, no es una señal de derrota; es un entrenamiento en el arte de la vida, que es el arte

de gritarle a Dios por ayuda, y creyendo en Su amor, no importa lo que suceda.

-

oo-

1

0

11

C a p í t u l o 4

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA MUJER CANANEA”

“Entonces Jesús salió de ese lugar y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Y

vio venir a una mujer cananea de esa comarca que le pedía ayuda a gritos, ‘Ten piedad de

mí Señor, Hijo de David; mi hija es atormentada por un demonio’. Pero Él no pronunció

palabra alguna en respuesta. Sus discípulos se acercaron y le pidieron, ‘Despáchala pues

sigue pegando de gritos detrás de nosotros’. El dijo en respuesta: “Yo he sido enviado

solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” Pero la mujer vino y le rindió honores

diciendo, ‘Señor, ayúdame’. Él en respuesta dijo, “No es correcto tomar el alimento de los

hijos y tirárselo a los perritos.” Ella contestó, ‘Por favor Señor, aún los perros comen las

migajas que caen de la mesa de sus amos’; entonces Jesús le contestó, “Oh Mujer, ¡Grande

es tu fe! Que se haga como has pedido”, y su hija fue sanada en esa misma hora.”

(Mat. 15:

21

-

2

8)

Este texto tiene gran significado para la travesía espiritual. En textos previos hemos

visto a Jesús dando ejemplos de cómo sentir la infinita preocupación de Dios, en la vida

diaria y en las situaciones imposibles en las cuales estamos menos inclinados a buscar a Dios.

Hemos visto a Pedro y a sus compañeros como signo de nuestro esfuerzo por descubrir a

Dios en las tormentas de la vida y percibirlo emergiendo de los vientos y los oleajes. Se nos

pide ir más allá de esto y responder a su presencia. La respuesta de Pedro fue caminar sobre

las aguas, el símbolo de mantener la paz en medio de las tribulaciones y altibajos de la vida

cotidiana.

Ahora, entramos de lleno al asunto. ¿Cómo encontramos a Dios en su aparente

ausencia, rechazo y abuso? Esto es algo más. Este episodio es una descripción de cómo

responder cuando rezar se vuelve difícil, cuando la vida interior se cae a pedazos, o cuando la

noche de los sentidos desciende sobre nuestro nido espiritual. Desciende para alejarnos del

nido. El ‘águila divina’ ha venido para empujarnos dentro de la realidad. Este maravilloso

episodio nos habla del punto de vista de Dios sobre la ‘noche de los sentidos’ y de su tragedia

en la misteriosa aridez o sequedad, ausencia y oscuridad que siguen a un período de

primavera en la travesía espiritual.

La mujer cananea parece haber sido una pagana. Jesús puntualiza el que muchas

veces aquellos fuera del grupo familiar, evidencian más fe que aquellos que sí pertenecen a

éste. Ella había probablemente oído que Jesús era más indulgente al conceder expulsar

demonios. Pensando que Él accedería fácilmente a su requerimiento, no esperaba problema

alguno al respecto. Quizás ella había visto a algunos ir donde Jesús con las mismas

peticiones, y luego, obtener sin dificultad lo que habían pedido. De aquí que ella va y dice,

‘Señor, hijo de David, ten compasión de mí, mi hija está terriblemente atormentada por un

demonio’.

La mujer, permaneció de pié en el lugar esperando respuesta, quizás esperando

escuchar alguna reconfortante invitación como, ‘Ve y trae a tu hija aquí’, o ‘Ella ya ha sido

1

1

12

sanada’. Si Él hubiese decidido no sanarla, hubiera podido decir al menos, con una gentil

palmada en el hombro, ‘Anda, ve a tu casa, y ofrécelo’. Este es el tipo de cosas que uno

algunas veces oye de personas bien intencionadas cuando se está en problemas—para su gran

desconcierto.

El texto dice que Jesús no mencionó palabra alguna; se mantuvo en silencio. ¿Es esta

una respuesta a la oración, o no lo es? Yo me aventuro a decir que el silencio es tan buena

respuesta a la oración como el conceder nuestra petición. Si aceptamos el silencio como

respuesta, podríamos percibir su propósito. Por ejemplo, podría significar que no es el

momento adecuado; que no estamos listos para una respuesta, o que estamos pidiendo la cosa

equivocada. El propósito primario de la oración no es cambiar a Dios sino a nosotros, y

si no estamos preparados para cambiar, nada hay que decir.

En la ‘noche de los sentidos’, nosotros venimos por nuestra entrevista con Dios, y Él

no se aparece. Esto está bien por un rato, pero eventualmente la pregunta surge, ¿Que caso

tiene venir si Dios nunca se hace presente? Me estoy refiriendo a la aparente falla para

mostrarse. El esta allá, pero está allá a un nivel diferente del que estamos nosotros. En el caso

de la mujer cananea, lo medular del silencio es traerla del nivel de fe desde el cual ella

inicia, hasta el nivel de fe que ella manifiesta al final. Esta estrategia ajusta la acción

divina a nuestra condición humana. No representa la elección de Dios. La única forma en

que Dios puede llevar a alguien hasta un nuevo nivel de fe, es retar a su actual nivel de

fe. Muchos de los pasajes del Evangelio manifiestan esto. Solamente tenemos que pensar en

el centurión el cual obtuvo lo que pedía instantáneamente, y el hombre cuyo hijo estaba al

borde de la muerte, a cuyos ruegos de que Jesús fuera fueron rehusados por éste. Del

centurión, Él dijo., “Iré enseguida”, ¿Por qué ese extraño cambio en la respuesta de una

persona a la otra? Uno tenía la plenitud de fe y no necesitaba ser probado; la fe del otro no

era fuerte y necesitaba el cambio del divino silencio.

En este diálogo, la mujer es llevada desde un nivel de fe al otro, hasta que ella

alcanza un nivel extraordinario. Ella iba hacia los apóstoles como nosotros podemos acudir

a los ángeles y santos por ayuda. Los discípulos dicen, ‘Vamos a deshacernos de esta mujer’.

Ellos finalmente no fueron de mucha ayuda. Ni Jesús responde a su petición; pero notemos lo

que Él dice,”Mi misión es sólo para las ovejas perdidas de Israel”. El apela a su misión

oficialmente. Ella es una pagana y su misión es para aquellos que pertenecen a la comunidad

de Israel. En un nivel, este es un buen razonamiento y muestra la sensibilidad de nuestro

Señor para hacer solamente lo que ha visto hacer al Padre. El hace solamente aquello por lo

que ha sido enviado; no quiere excederlo. Una misión o ministerio siempre presupone lo que

nosotros estamos preparados a actuar en los términos de Dios.

La mujer cananea interpretó el significado de esta declaración como: ‘Nada puede

hacerse; Yo solamente hago milagros para los israelitas; lo siento’. En respuesta, ella se

adelanta y se postra a Sus pies, quedando en tierra, sumisa en el polvo. Su llanto es ‘Ayuda’;

esta es la oración que Meister Eckhart, el teólogo dominico alemán, dice que ‘penetra en los

cielos’. Está totalmente enfocada a un objetivo. Este llanto de desesperación, de una persona

que se siente rechazada por Dios, lo dice todo—un ruego, pareciera que tocaría el corazón de

una piedra. Y aún Jesús no da respuesta. ¿Qué sucede con la Divina Misericordia?

1

2

13

Pero la Divina Misericordia no es sentimentalismo. Ésta pone inexorablemente la

realidad final de la vida ante ella, de tal modo que pueda decir con total honestidad: ‘No

puedo hacer más por mi misma; necesito Tu ayuda’. Mientras, Dios nada dice…

“No está bien—Jesús dice—tomar el alimento de hijos y tirárselo a los perritos”

¿Cómo pudo Jesús decir tal cosa? La mujer cananea no pudo haber sido más afectada por

este insulto más de lo que ya estaba con el silencio y el rechazo. Ella responde en efecto,

‘Señor, está bien, pero ¿Has pensado en esta posibilidad? No estoy pidiendo del alimento de

los hijos; no estoy pidiendo una barra de pan. Aún los perros debajo de la mesa comen

eventualmente los mendrugos que caen por error. ¿Qué tal si me tiras a mí uno de esos

mendrugos?’

Jesús responde, “Oh, mi querida señora, ¡Cuán grande es tu fe! Tu puedes tener

cualquier cosa que quieras—el mundo entero, el universo, cualquier cosa”. Todo pertenece

a aquellos que han alcanzado este nivel de fe. El cosmos fue creado para ellos; tal es el

escenario. Continúa sucediendo en nuestras vidas. Podemos aceptarlo como la mujer cananea

o renunciar.

-oo-

1

3

14

C a p í t u l o 5

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA MUJER PECADORA”

“Entonces, cada uno se retiró a sus propios lugares, mientras Jesús se retiró

al Monte de los Olivos. Pero temprano or la mañana, Él llegó de nuevo al área del templo, y

la gente comenzó a acercársele, y Él se sentó y comenzó a enseñarles. Entonces los escribas

y Fariseos trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y la pararon en

medio. Ellos le dijeron, ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida flagrantemente al cometer

adulterio; ahora bien, la Ley de Moisés nos manda apedrearla. ¿Qué dices al respecto?’

Ellos le decían esto para probarlo y así tener algo en su contra. Jesús se inclinó y comenzó a

escribir en la tierra con su dedo. Pero como ellos insistieron, Él se enderezó y les dijo,

“Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”. Entonces se inclinó

de nuevo y escribió en el piso. A continuación, aquella gente se fue retirando del lugar uno

por uno, comenzando por los más ancianos, de tal modo que dejaron solos a Jesús y a la

mujer delante de Él. Entonces Jesús se puso de pie y le dijo, “Mujer, ¿Dónde están aquellos?

¿Ninguno te condena?” Ella respondió, ‘Ninguno Señor’; entonces Jesús le dijo.”Yo,

tampoco te condeno; vete y no vuelvas más a pecar”.

(Juan 8: 1-11)

El Templo de Jerusalén era un impresionante lugar: numerosa arcada, torres, pisos

ornamentados y el gran altar del sacrificio. Sucedió que Jesús lo usó para enseñar durante el

día, mientras que por la tarde, se retiró a orar en el Monte de los Olivos. En el Antiguo

Testamento, los olivos eran símbolos de la divina misericordia y sanación, una clave para el

entendimiento de esta notable escena.

A medida que Jesús reanuda su enseñanza en esta notable estructura, una mujer es

llevada a rastras enfrente de Él. No nos es difícil darnos cuenta de que se trata de una

artimaña; a Él tampoco le tomó mucho percatarse de ello. Sus enemigos se fueron tornando

agresivos a este punto y habían planeado una astuta trama para cuestionarlo, de tal manera

que no tuviera escapatoria. Cualquier cosa que dijera, se usaría contra Él. Ellos podrían

entonces acusarlo y quizás, desacreditarlo.

La pregunta era, ‘Nosotros hemos sorprendido a esta mujer en un obvio pecado, y la

Ley claramente establece que ella debe ser apedreada. ¿Cuál es tu parecer al respecto? Si Él

respondiese, “no la apedreen”, estaría contradiciendo la Ley. Si dijera, “Apedréenla”, estaría

contradiciendo la total verdad de su enseñanza, la cual decía que el autor de la Ley era

‘Abba’, el Dios de la infinita compasión y preocupación por cada cosa viviente. Esta era

una idea revolucionaria. El Dios de Israel hasta ese tiempo había sido generalmente respetado

como el Dios de los ejércitos, el Dios del trueno y el relámpago, el Dios de la estricta justicia,

el Legislador de Israel. La idea de Jesús acerca de Yahvé, transformó los diez

mandamientos en una manera de enderezar a la gente de sus habituales inhibiciones y

fijaciones.

Aquí está Jesús, pues, confrontado con un dilema. Si Él dice, ¡No la apedreen!, rompe

la Ley; si dice ¡Apedréenla!, entonces estará abandonando su propia enseñanza. Aquellos lo

1

4

15

están urgiendo, ‘¿Cuál es tu respuesta?’El, se agachó y comenzó a escribir en la arena con su

dedo. Cuánto le llevó, no lo sabemos, pero cada uno se fue tornando inquieto. ¿Qué estaba

escribiendo? ¿Qué estaba haciendo? Nadie realmente lo sabe; probablemente estaba tan solo

‘pasando el tiempo’ un poco como los estudiantes garabateando sus notas durante una

desanimada lectura. Hacer garabatos es una señal que significa ‘estoy aburrido’, o ‘esta

discusión no me interesa’.

Sus acusadores no iban a permitir que Él se saliera de la trampa que tan

cuidadosamente habían confeccionado. De aquí que continúan urgiéndolo, ‘Maestro, ¿Cuál

es la solución a este difícil caso? Al final Él se endereza, mira alrededor de esos zelotes de la

Ley y dice: “Aquel que esté libre de pecado en su conciencia, que tire la primera piedra”.

Entonces se agachó y continuó escribiendo en la arena.

Nótese que Él no retó su derecho a aplicar la Ley; simplemente insistió en una

condición, “Adelante, tira la piedra, pero a condición de que no tengas en tu propia

conciencia algún pecado”. Aquellos entendieron el mensaje, y el texto significativamente

establece que ‘Uno tras otro se fueron retirando, comenzando por los más viejos’.

A medida que te vas haciendo viejo, el negocio de la salvación parece llegar a ser más

y más elusivo. Los viejos miembros del grupo, con la experiencia de la edad, abandonan la

escena de inmediato, mientras que los más jóvenes con su empeño, entienden el mensaje sólo

por grados. Finalmente sólo quedaron esta mujer y Jesús haciendo garabatos en la arena.

Al fin Él mira a ver a la mujer, y con la ironía característica de algunos dichos de

Jesús, le dice, “A dónde se han ido todos?” Él sabía perfectamente en dónde estaba cada uno.

Quizás Él pensó algo curioso, que la trampa de aquellos había quedado frustrada por su

respuesta. Entonces le pregunta, “Alguno te condena?” Ella dice, ‘Nadie Señor’. Nótese que

dice ‘Señor’; no lo llamó Mesías o Rabí. Ella fue honesta. Puesto que carecía de toda fe, se

limitó a decir, ‘Señor’, la manera en que se dirige a cualquier hombre agradable. (Las

palabras “Desde ahora, no vuelvas a pecar más” son probablemente una nota marginal de

algún piadoso copión. Algunos de los tópicos que siguen las parábolas de Jesús, parecen no-

auténticos).

Nótese el respeto que Jesús tiene por esta mujer. El no trata de predicarle. Él

simplemente le muestra compasión sacándola de aquel lío. Se identifica con ella en su

humillación. Es importante para nosotros llegar a comprender en nuestra propia

jornada espiritual que la Gracia es la presencia y la acción de Jesucristo en nuestras

vidas ahora mismo. Como cristianos creemos que cuando la comunidad se reúne para

adoración, Cristo está verdaderamente en su cuerpo glorificado; Jesús se identifica con los

pecadores, pero no por compartir sus pecados, sino por compartir las consecuencias de

sus pecados. Jesús comió con pecadores y publicanos Asistiendo a una comida en común,

en la cultura de ese tiempo, era el símbolo de pertenecer a aquel grupo, familia o nación. He

aquí el ‘shock’ que los fariseos tuvieron cuando lo vieron comer con pecadores. Él era

identificado con los parias de la sociedad—no sólo con los oprimidos que eran injustamente

rechazados, sino también con los pecadores que eran duramente rechazados. Esto significa

que, así como Jesús se identificaba con el sufrimiento de los pecadores como

consecuencia de sus pecados, así se identifica con nosotros en el sufrimiento que

nosotros sobrellevamos debido a nuestro falso-yo y nuestros pecados personales.

Nosotros podemos unirnos a Él con la plena confianza de que su Misericordia se extenderá a

1

5

16

la miseria humana que es la consecuencia de nuestros pecados personales. No importa qué

tanto nos alejemos de Dios; Cristo está siempre allí esperándonos, En palabras de Abbé

Huvelin, ‘Cristo ha tomado tanto para sí el más bajo lugar, que nadie podrá quitárselo’.

El último punto en esta historia es en extremo interesante. Es otro ejemplo de la

enseñanza contenida en la Parábola del Hijo Pródigo. En esa parábola, el amor del Padre se

preocupa primero del más obvio pecador, el pródigo. Después de haber oído sobre la gran

misericordia del Padre hacia ese hijo, hemos oído sobre el hijo mayor justiciero, que siempre

se comportó bien de una manera respetuosa y obediente. Resulta ser éste el mayor pecador,

pero el Padre le demuestra igual misericordia.

En este pasaje vemos a Jesús ofreciendo su gran misericordia a la mujer pecadora,

pero nótese que las palabras con las cuales Él la rescata a ella, son una invitación a los

acusadores para entrar a su propia conciencia y así ver qué es lo que está mal en ésta. El

problema con la gente justiciera es que son tan pecadores como las personas que ellos

condenan; sólo ellos no lo saben. Así, ellos son más difíciles de ayudar. Cuando Jesús dice,

“Aquel que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”, le está diciendo a los

acusadores, “¿Por qué no escudriñas en tu conciencia?” Les está pidiendo, “¿Cuál es tu

motivación?¿Estás asumiendo legítima responsabilidad en este acto”.

Dios continúa amando tanto al opresor como al oprimido. Nunca seremos capaces de

salvar al oprimido a menos que tengamos compasión por el opresor. Ellos también necesitan

salvación. Este Dios nuestro, no tiene favoritos; Él está para rescatar a quien sea. Muchos

opresores han sido ellos mismos oprimidos en su temprana niñez.

Los acusadores de la mujer pensaban que estaban defendiendo la Ley; ellos no

reconocían su hipocresía al usar la Ley con el objeto de tenderle una trampa a Jesús. Él los

invitó a mirar dentro de sus conciencias y enfrentar al orgullo que estaba motivando su

malicia. La cuestión básica es siempre: ¿Cuál es tu motivación en este acto? Es una

invitación a la conversión, a tomar plena responsabilidad por nosotros mismos, por

nuestra comunidad, nación y religión. Jesús dio su vida por la familia humana, y es

procediendo de ese modo, que nosotros aceptamos el llamado a seguirlo.

-oo-

1

6

17

C a p í t u l o 6

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU”

“Jesús retornó a Galilea en el poder del Espíritu, y las noticias sobre Él se

esparcían a través de toda la región. Él enseñó en sus sinagogas y fue alabado por todos.

Vino a Nazareth donde había crecido, y fue de acuerdo a su costumbre a su sinagoga el día

sábado.”.

(Juan 21: 15-19)

Este diálogo entre Jesús y Pedro, tuvo lugar en una playa del lago de

Tiberíades después de una larga noche de fructífera pesca. Juan el Evangelista llama a ésta la

tercera aparición de Jesús.

Fue en esta ocasión que los discípulos, a sugerencia del extraño en la playa,

echaron las redes del otro lado del bote y obtuvieron la memorable cantidad de 153 peces.

Cuando ellos llegaron a la playa jalando sus redes, encontraron que el extraño había

preparado el desayuno. Él les pidió algo del pescado que habían obtenido y entonces los

invitó a comer.

Esta nostálgica escena tiende a seguir sucediendo. Después del desayuno, un

diálogo tiene lugar cuando Jesús invita a Pedro a caminar con Él a lo largo de la playa. Pedro

había negado al Señor tres veces. Su triple negación había permanecido fuertemente en su

mente, de la misma manera que nuestras fallas permanecen fuertemente en nuestras

conciencias. Habiendo hecho algo que quisiéramos que no hubiera ocurrido, tenemos que

vivir con las consecuencias. De vez en cuando, somos confrontados con algún incidente de

nuestra vida pasada durante la oración, y tenemos la sensación de que Dios nos está tomando

de la mano o poniendo su brazo alrededor nuestro. Los sentimientos de culpa tienden a

hacernos pensar que Él nos está clavando la vista con una mirada severa como si nos dijera,

“Tú, miserable tal por cual…”. Pero esto es una proyección de cómo nos sentimos, no de

cómo Dios se siente. En cualquier caso, Pedro se sentía como si el dedo estuviera

apuntándolo a él a medida que Jesús lo invitaba a su plática corazón-a-corazón luego de

desayunar. Nótese el momento; no había ningún estómago vacío. Dios escoge el momento

adecuado para estas confrontaciones exploratorias.

Aquí entonces viene la primera confrontación, “Simón, hijo de Juan, ¿me

amas? El ‘comentarista interno’ de Pedro, el juicio emocional que evalúa todo lo que pasa,

‘estalla’. El comentarista dice, ‘Mira, te está dando el tratamiento formal’; Simón hijo de

Juan era un tratamiento formal adecuado para una corte judicial. En vez de llamarle a él

Pedro, el nombre que le fue dado en el primer encuentro, Jesús lo sustituye con el tratamiento

formal que va de acuerdo a las ocasiones formales, “Simón hijo de Juan, ¿me amas?”. Cada

una de estas palabras está delicadamente matizada, y a menos que nosotros lleguemos a

entender estos matices, no percibiremos la extraordinaria profundidad de este intercambio y

la dolorosa naturaleza de esta interrogación. ¿Me amas? La palabra amor en griego, no es

traducible; significa, “¿Me amas con el mismo desinteresado amor que Yo te he mostrado? O

¿Me amas con el auto-donado amor que no busca recompensa?

1

7

18

La respuesta de Pedro es, “Sí Señor, tú sabes que te amo”, pero Pedro no usa

la misma palabra de amor que Jesús usa. De este modo, él no reclama la clase de amor que ha

recibido; él simplemente dice, ‘Tú sabes que te quiero’. La palabra ‘amor’ de Pedro se refiere

a ‘amor fraternal’ o el cariño de amistad. En otras palabras, ‘Tú sabes que te quiero con mi

afecto humano’—el afecto que las personas se demuestran normalmente unas a otras.

Jesús le dice, “Alimenta a mis ovejas”.

Ellos caminaron un trecho más mientras las implicaciones del primer

cuestionamiento se filtraban en la conciencia de Pedro. Entonces viene el segundo

cuestionamiento, “Simón, hijo de Juan, ¿me amas realmente?” De nuevo Jesús usa el

término del divino amor o auto-donación.

Pedro está consciente de a dónde se dirigen estos cuestionamientos. Todas las

pretensiones de que fuera prominente en su temprano discipulado, su deseo de ser la mano

derecha del Mesías, se ha desmoronado. Sus tres negaciones han puesto al desnudo quién

realmente era él. Cuando las piezas se fueron cayendo, estaba él. No había oportunidad de

que Pedro reclamara ahora el amor desinteresado, o alguna más profunda devoción. El está

desnudo enfrente de la verdad hacia la cual Jesús lo ha llevado amorosamente. Así que Pedro

dice de nuevo, ‘Tú sabes que te quiero, con mi pobre afecto humano’. Esto es todo lo que él

reclama.

A medida que ellos caminan, los cuestionamientos han llevado a Pedro a una

nueva profundidad de entendimiento. Con las palabras, “Alimenta mis corderos” Pedro tenía

que estar consciente de que Jesús estaba reinstalándolo como jefe de los apóstoles. El estaba

consciente igualmente de la condición, que era el conocimiento de su total dependencia en

Cristo.

Ahora viene un tercer y final cuestionamiento; los otros dos han preparado a

Pedro para este último. Dudo que el hubiera podido resistirlo sin haber pasado por los dos

primeros. Dios no nos pide enfrentar la total verdad de nuestra capacidad para enfrentar todo

el mal de forma inmediata. Aquí está la cuestión, “Simón, hijo de Juan, ¿en verdad me

amas?” La palabra amor de Jesús no es el divino amor (agapé), el término que él ha estado

usando, sino la palabra que Pedro ha estado usando. La implicación es, “¿En verdad me amas

como hermano o amigo? ¿Me amas aún con tu afecto humano?” En otras palabras, “¿Me

guardas a fin de cuentas, algún afecto?”.

Esta pregunta pone en duda el amor humano y afecto por Jesús por parte de

Pedro, y la duda surge precisamente de la persona que significa todo para él. Poniendo la

pregunta de otra manera, “A la luz de tu conducta, Simón, hijo de Juan, te hago una pregunta

final, ¿me amas realmente?”.

Aquí está Pedro alegándole a Jesús para que crea en su afecto humano, y Jesús

le pregunta, “Estás seguro?”.

La respuesta de Pedro es, “Señor, Tú lo sabes todo”. La palabra griega ‘saber’

se refiere al divino conocimiento. Siendo Jesús Dios, es que Pedro apela cuando dice,”Tú, lo

sabes todo”. Pero en la siguiente frase, la palabra ‘conocer’ cambia; Pedro apela al

conocimiento humano de Jesús, y así continúa, “Tú sabes que te quiero”. Parafraseando las

palabras de Pedro, “¿Puedes ver mediante observación humana que yo realmente te quiero?

Entonces Pedro no reclama el amor que es la primera condición del apostolado.

1

8

19

Jesús contesta, “Alimenta mis ovejas”. Jesús, parece decir “Yo acepto tu

afecto humano, pero te estoy llamando al amor perfecto que es amar como Yo te he amado”.

Así Pedro recibirá el amor que es ‘agapé’, ahora que él ha conocido que es ‘don-puro’, y

algún día entregará su vida por Él.

Finalmente Jesús le dice, “Sígueme”. Estas son las palabras que Jesús le dijo

la primera vez cuando lo llamó para ser su discípulo—las mismas palabras, pero aún una

infinita distancia ha sido recorrida en esos pocos años; la distancia entre la presunción del

falso-yo de Pedro y la humildad de su iluminado auto-conocimiento.

El amor de Cristo no sostiene nada contra nadie, pero no puede penetrar

la presunción del orgullo. El falso- yo, no quiere ser transformado. El quiere esconder todo

lo negativo de sí-mismo y pretender que puede conducir nuestra vida y quizás la de los

demás.

Humildad es la condición necesaria para el propio ejercicio de autoridad

en la Iglesia; cuando no está presente, nada funciona. Puesto que Pedro es el Jefe de los

pastores, él tuvo que entrar al conocimiento de que todo era un don puro de Dios. Solamente

entonces estaba listo para recibir al Espíritu y ser la cabeza de la Iglesia. Con estos

cuestionamientos, Jesús amorosamente lo arroja a él desde un abismo de humillación a otro,

mientras al mismo tiempo lo reafirmaba en su vocación.

Estos son los mismos cuestionamientos que escuchamos en la ‘noche de los

sentidos’, y aún más, en la ‘noche del Espíritu’.

-oo-

1

9

20

C a p í t u l o 7

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA SUPREMA EXPRESIÓN”

“Así como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre

será levantado, de tal manera que todo aquel que crea en Él, tendrá la vida eterna” “Tanto

amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito, para que cada uno que crea en Él no

perezca, y tenga la vida eterna. Dios no envió a su Hijo para que el mundo de condene, sino

para que el mundo pueda ser salvado a través de Él.”.

(Juan 3: 14-17)

Este texto comienza con la llamativa imagen de la serpiente de bronce descrita

en el Éxodo, la cual sanó a los israelitas del veneno de la plaga de serpientes. Como ellos

miraron a la serpiente de bronce levantada en un palo, la sanación tuvo lugar. Jesús usó este

ejemplo para predecir su pasión. La imagen es espantosa: un gusano fijado a un palo

retorciéndose en dolor.

Esto nos lleva a una de las más profundas cuestiones que el Evangelio plantea: ¿cuál

es la Suprema Realidad? Manifestar la Suprema Realidad es la meta de la religión Budista, y

manifestar el Espíritu es la meta de la religión Cristiana. Esta cuestión podría ser enfocada

yuxtaponiendo dos memorables imágenes de estas dos religiones mundiales. Una es el buda

sentado en profundo ‘samadhi’ con una sonrisa de inefable paz en sus labios.

Hay un santuario en Sri Lanka que Thomas Merton visitó justamente antes de

su muerte y donde él recibió lo que escribió en su Asian Journal como el ‘clímax de gracia’

en su viaje al Asia. Él se había ido hacia el Este para buscar la sabiduría asiática con objeto

de engrandecer su travesía contemplativa cristiana. Él recibió en ese santuario una

memorable experiencia iluminativa. Él vio compendiado en ese trabajo de arte el máximo

logro humano y la total realización de la iluminación—la posesión de todo el conocimiento

en perfecta libertad, paz y serenidad—capturado por la sonrisa de inefable paz. La sonrisa no

era una de indiferencia sino de completa compasión sin involucración emocional. El rostro

del Buda sugiere cómo parecía él durante su último ‘samadhi’, antes de entrar al último

Nirvana, la realización de uno mismo con todo lo que uno es. La delicada sonrisa transmite la

experiencia de unidad de Buda a sus discípulos.

Ahora veamos la otra imagen: Jesús muriendo en la cruz; sus labios

deformados en la agonía de sed y sofocación. De esos labios sale un grito de casi infinita

desesperación: “Dios mí, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” “Me”, esto es, “Tu hijo”.

Esta es la última doble-paradoja: Jesús Cristo, el Hijo de Dios, experimentando la extrema

alienación que nadie pudo haber experimentado.

Comparemos estas dos condiciones; una de extrema serenidad y la otra de

extremo sufrimiento. Estas son, hasta donde conocemos, las condiciones en las cuales cada

uno de ellos murió.

¿Cuál manifestación de Dios es mayor? Si estos dos seres humanos son ambos

manifestación de la Suprema Realidad de una suprema manera, entonces ¿quién es este Dios

2

0

21

que puede ser expresado de dos maneras completamente opuestas? Cada una expresa la

Suprema Realidad de tal forma que ninguna otra expresión humana puede manifestarse. El

misterio que nosotros llamamos Dios, trasciende cada experiencia humana pero está

claramente presente en la maravillosa serenidad siempre presente en los labios del Buda. Lo

que nosotros deducimos de esto es que la misma divina realidad está igualmente presente en

el sufrimiento de Jesús encarnado a medida que Él padece cada nivel de privación humana.

Su rechazo, humillación y muerte, nos dice algo acerca de Dios que nadie nunca ha oído o

imaginado. Jesús, al tomar sobre sí la condición humana y permaneciendo a un lado de las

divinas prerrogativas a las que Él pudo haber recurrido, rechaza los arquetipos de

inmortalidad, invencibilidad e invulnerabilidad y rehúsa recurrir a su divino poder para

rescatarse a si mismo o a su misión. El manifiesta la máxima humildad de Dios: el deseo de

no ser Dios. Este total vaciamiento, el cual es el corazón del divino amor, tiene lugar

siempre en la Trinidad ya que el Padre y el Hijo se vacían ellos mismos en cada uno y

en el amor del Espíritu.

Cuando el divino amor adopta la condición humana con las inevitables

consecuencias de esta unión, se vuelve vulnerabilidad total. Dios está presente no solamente

en la serenidad, no sólo en el logro espiritual; Dios está también presente en las fallas, en el

extremo sufrimiento y Él se manifiesta igualmente en cada expresión. La Pasión y Muerte de

Jesús es la revelación del corazón de Dios. Jesús tomó sobre sí mismo todas las

consecuencias de la condición humana, una de las cuales es el pecado; Él que no conoció el

pecado, experimentó las consecuencias psicológicas de la alienación de Dios, lo cual es el

principal fruto del pecado personal. Este significado de pérdida de su percepción de unidad

con el Padre, quien fue el total significado de su vida y misión. La crucifixión fue la

destrucción del trabajo de su vida, no sólo su vida. Entonces, los labios de Jesús desgarrados

por el sufrimiento y expresando el sentido de abandono por la Divina Persona que estaba más

cercana a Él, nos dicen que Dios está justamente tan presente en su ausencia como en su

presencia, ya sea en el sufrimiento como en la gloria.

Esto por supuesto, no es el final de la historia. Aunque si bien Jesús muere

con la última cuestión aún en sus labios, Él se desplazó dentro de una nueva e inconcebible

realidad, La entrega de su unión personal con el Padre, lo catapultó dentro de un estado de

existencia en la cual su verdadera humanidad llega a identificarse con la divinidad. Él está en

unidad con el Padre y con todo lo que existe. Su humanidad gloriosa comparte los divinos

atributos. El está presente dondequiera, en cada uno, en todo y en el corazón de toda

realidad. El es el ‘divino ser humano ‘a través del cual todo regresa hacia el Padre.

-oo-

2

1

22

C a p í t u l o 8

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU”

“Jesús retornó a Galilea en el poder del Espíritu, y las noticias sobre Él se

esparcían a través de toda la región. Él enseñó en sus sinagogas y fue alabado por todos.

Vino a Nazareth donde había crecido, y fue, de acuerdo a su costumbre, a su sinagoga el día

sábado. Él se puso de pie para leer y tomó un rollo de pergamino del profeta Isaías, lo

desenrolló y encontró el pasaje donde estaba escrito:

“El Espíritu del Señor está sobre de mí,

porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres,

El me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos y a devolver la vista a

los ciegos, a liberar a los oprimidos, y a proclamar un año de Gracia del

Señor”.

Arrolló los pergaminos, se los devolvió al encargado y se sentó, y los ojos de

todos en la sinagoga lo miraban atentamente. Luego les dijo, “Hoy, este pasaje de las

Escrituras ha sido cabalmente cumplido en su audiencia”.

(Lucas 4; 14-21)

El propósito de las lecturas en la liturgia, no es tanto instruir como

demostrar del poder de la Gracia. Ellas son parábolas sobre el poder de la Gracia tal como

la experimentamos ahora. Nosotros estamos expuestos en la liturgia a la enseñanza

sapiencial, esto es, enseñanza diseñada para avivar nuestra percepción sobre la Gracia de

Cristo trabajando dentro de nosotros. Tal cual la comunidad litúrgica celebra la divina luz y

vida, nuestra participación presupone que estamos experimentándolas. En las lecciones

escuchamos nuestras propias biografías.

En Navidad, celebramos el evento

de

la Palabra hecha carne.

Las

implicaciones históricas son predominantemente en esa fiesta. En la fiesta de Epifanía, la

cual es la transmisión de la ‘divina luz’, estamos celebrando el significado espiritual del

acontecimiento de Navidad. La Epifanía es la celebración de nuestra unión con la Palabra

hecha carne y nuestra experiencia de dicha unión. La liturgia nos presenta con las lecturas

que están históricamente desconectadas--pero las cuales describen nuestra asimilación al

misterio de la Palabra hecha carne--nuestro despertar a la vida divina dentro de nosotros y la

capacidad de transmitirla. La palabra “hoy” en la liturgia significa la transmisión del misterio

como inmediata experiencia espiritual. La religión cristiana es una vida para ser vivida.

Comienza, flaquea, cae, se levanta, crece y eventualmente madura a través de toda clase de

vicisitudes. Debemos conocer cómo escuchar la liturgia no sólo como inspiración y aliento,

sino también como facultamiento (empoderamiento).

La segunda venida de Cristo puede ocurrir de dos maneras: con el final de los

tiempos (sólo Dios sabe cuando) o por nuestro acceso a la dimensión eterna dentro de

nosotros. Esto último es lo que la liturgia y la travesía espiritual están intentando llevar al

cabo. La puerta hacia los valores de la vida eterna es constantemente forzada dentro de la

dimensión lineal del tiempo cronológico y nos pone en contacto con la Suprema Realidad.

2

2

23

Las lecciones de la liturgia, siguiendo a la Epifanía son acerca del significado

de ser incorporado dentro de lo que Pablo llamó el ‘Cuerpo de Cristo’. En cada momento

del tiempo cronológico, el divino valor de cada momento está disponible para nosotros

en proporción a nuestra sensibilidad hacia el Espíritu de Cristo. El Espíritu sugiere lo

que debe hacerse a cada momento en nuestras relaciones con Dios, nosotros mismos, otra

gente, y el cosmos. Cuando atendemos a los movimientos del Espíritu más que a nuestras

propias brillantes ideas y auto-centrados programas de felicidad, el comentario interno que

normalmente sostiene nuestros desequilibrios emocionales finaliza, capacitándonos a aceptar

situaciones difíciles y a la gente. La zona neutral que nosotros disponemos permite al

Espíritu actuar.

Nótese que Jesús fue conducido por el Espíritu a Nazareth. Él no fue allá por

su propia iniciativa. Fue siguiendo a un movimiento del Espíritu dentro de Él, con quien

estaba plenamente identificado. Dios es infinita preocupación por cada ser viviente. Esta

es la fuente de cada verdadera misión o ministerio dentro de la Iglesia, no es nuestro trabajo,

es un movimiento de amor en la Trinidad. La liturgia es el gran significado de despertarnos y

facultarnos para ser quienes somos: células vivientes dentro del Cuerpo de Cristo,

motivadas por el mismo amor que vemos en Jesús.

-oo-

2

3

24

C a p í t u l o 9

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA CURA DEL HOMBRE CIEGO”

.

“Ellos llegaron a Jericó. Y cuando iba dejando la ciudad con sus

discípulos y una gran multitud, Bartimeo, un hombre ciego, hijo de Timeo, se sentó al

comienzo del camino. Oyendo que se trataba de Jesús de Nazareth, comenzó a gritar

diciendo, ‘Jesús, hijo de David, te piedad de mí’; pero varios lo reprendían diciéndole que se

callara, pero él continuó gritando más fuerte, ‘Hijo de David, ten piedad de mí’. Jesús

entonces se detuvo y dijo, “llámenlo”, de ese modo, fueron a llamar al hombre ciego

diciéndole, ‘anímate, levántate, Él te está llamando’. El hombre tiró a un lado su manto,

saltó y vino donde Jesús. Éste, en respuesta le dijo, “¿Qué quieres que haga por ti? El

hombre ciego le respondió, ‘Maestro, que vea’. Jesús le respondió, “Vete en paz, tu fe te ha

salvado”. De inmediato él recobró la vista y lo siguió por el camino.”.

(Marcos, 10: 46-

52)

Todos los textos del Evangelio que hablan de la sanación de las aflicciones del

cuerpo apuntan al cambio interior que Jesús fue capaz de comunicar en el nivel espiritual. Sin

esa sanación, uno es ciego a la realidad espiritual, sordo a la palabra de Dios. Solamente

vemos el nivel superficial de la realidad y oímos lo que nuestros oídos alcanzan a captar. Ni

se avivan las facultades intuitivas que perciben la naturaleza interna de la realidad y el

misterio dentro de los símbolos de la liturgia. El máximo mensaje del universo no es

disfrutado ya que no es percibido. Nosotros estamos encerrados en el nivel externo de las

cosas.

Este es el problema básico, que las prácticas religiosas están diseñadas para

sanar. Los discípulos de Jesús tuvieron tantos problemas como los tenemos hoy. En la última

Cena, Felipe le pidió a Jesús que les mostrara al Padre, el Abba de quien Jesús había estado

hablando siempre durante su vida pública. Jesús estaba un poco triste por esta pregunta y

respondió, “Felipe, ¿no he estado con ustedes tanto tiempo y aún no me conocen? ¡Quien me

ve a Mí, ve también al Padre! Esta visión no es ciertamente con los ojos del cuerpo. Sólo

los rayos X de la fe penetran la superficie de la piel y los huesos. Nosotros nos encerramos

en la personalidad de una persona, los antecedentes étnicos, nacionalidad, estilo de vida, o

compromiso religioso—cosas que nos impiden el palpar la belleza de la persona

independientemente de las cosas que nos podrían disuadir. Ni siquiera los discípulos

escuchaban bien; Jesús dijo una y otra vez, “El que tenga oídos, que oiga”, denotando que

ellos estuvieron escuchando sus palabras, pero no escuchando a la realidad interna a la cual

sus palabras iban dirigidas.

El hombre ciego había escuchado a Jesús de Nazareth mientras mendigaba

para ganarse la vida. Cuando Jesús venía por el camino seguido por una gran multitud, él

comenzó a gritar; Jesús escuchó sus gritos y dijo, “Traigan al hombre”.

El sentido de ser llamado, es traducido a nuestra experiencia por la atracción

hacia la travesía espiritual y el servicio a los demás, fuera de toda motivación por la

2

4

25

auténtica preocupación. Todos los valores humanos básicos reflejan un hambre por la

verdadera felicidad potencial en cada uno, y que puede ser activada cuando miramos con los

ojos de la fe o escuchamos con los oídos de la esperanza.

El despertar espiritual puede ser descrito en términos de los sentidos

espirituales. Cuando escuchamos sobre Jesús sanando al enfermo en el Evangelio, debemos

estar alertas al hecho de que Él está sanando a su ceguera espiritual, a su cojera, su mudez, o

sordera. El demonio expulsado de las personas en los tiempos de Jesús, significa la liberación

de sus adicciones y compulsiones. La sanación del leproso simbolizó la sanación de su falso-

yo, porque en aquellos días la lepra significaba cierta muerte; verdaderamente implicaba una

muerte social aún cuando uno siguiera físicamente vivo.

La primera manifestación de los ‘sentidos espirituales’ es una atracción por

Dios. Simplemente puede ser una atracción para estar a solas con Él, en silencio y quietud.

Es una cierta insatisfacción con el pensamiento sobre Dios o sólo hablarle a Dios. Jesús dijo,

“El Reino de Dios está cerca”. Traducido en los ‘sentidos espirituales’ este dicho de

sabiduría apunta al sentido interior de la ‘presencia de Dios’. Esto trastoca la monumental

ilusión de que Dios está bien lejos porque no lo podemos sentir.

El tacto es un sentido espiritual más desarrollado, una adicional comprensión

sobre cuán cerca de nosotros está realmente Dios.

“El Reino de Dios está dentro de ti”, corresponde al sentido del tacto. Este

sentido espiritual percibe que Dios no sólo está cerca de nosotros, sino que nosotros estamos

‘enraizados’ en Él. El alimento que ingerimos pasa dentro de nosotros y se convierte en parte

de nosotros mediante su transformación en células de nuestro cuerpo. En un sentido, nos

convertimos en lo que comemos. En la relación trascendental, llegamos a ser células en el

Cuerpo de Cristo, la nueva humanidad cuyos y oídos están abiertos a la realidad a su

más profundo nivel.

El sentido espiritual del olfato, simboliza la atracción hacia Dios; el tacto

simboliza la cercanía de Dios, y el gusto simboliza el sentido de unidad con Dios. Cuando

vemos con los ojos de la fe, y escuchamos con los oídos de la esperanza, nos volvemos

sensibles a lo que el Evangelio está diciendo. Sin ese despertar, estamos constantemente

resoplando por nuestras impresiones superficiales y reacciones emocionales hacia la vida.

El desarrollo de los sentidos espirituales nos conecta directamente con la divina sabiduría, la

cual evalúa las cosas desde el punto de vista de Dios.

Los sentidos espirituales son como los sentidos externos debido a su

inmediatez. Nos ponen en contacto con la realidad, no a través de los sentidos externos sino

de las facultades intuitivas que directamente perciben los más grandes valores del universo.

Estos pueden ser gradualmente estimulados a través de la oración contemplativa. El

despertar de los sentidos espirituales, es el llamado del Evangelio a ver con los ojos de la fe.

Cuando los sentidos espirituales están activados, entonces nosotros verdaderamente oímos,

entonces verdaderamente vemos, nosotros tenemos el aparato receptor para abrirnos el

corazón a la realidad. A través de la fe, esperanza y caridad, escuchamos el máximo mensaje

del universo. El resultado de ese despertar, está simbolizado en lo que el hombre ciego hizo

después de ser sanado: ¡lo siguió!

Jesús enfatiza lo que él sanó. ¡Fe! Esta no sólo fue la fe que trabaja a través de

la razón, sino la fe que es directa intuición. “Vete en paz”, le dijo a aquel hombre, “Tu fe te

2

5

26

ha

salvado”; tu fe, esto es, tu

consentimiento

al

llamado de Dios,

tocándote,

transformándote. La transformación en Cristo es la máxima sanación.

-oo-

2

6

27

C a p í t u l o 10

Sucesos en el ministerio de Jesús

“EL HIJO PRÓDIGO”

“Entonces Él dijo: “Un hombre tenía dos hijos, y el más joven le dijo a

su padre, ‘Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde’, y el padre procedió a

dividir la propiedad entre ellos. Después de unos pocos días, el más joven recogió todas sus

pertenencias y partió hacia un país lejano donde derrochó toda su herencia viviendo de una

manera disoluta. Cuando hubo gastado libremente todo, sobrevino en aquella región una

hambruna, y este hombre se encontró ante una severa necesidad. Así que él solicitó trabajo a

uno de los ciudadanos locales que lo envió a su granja a cuidar puercos. Él deseó comer de

las vainas con que se alimentaba a los cerdos, pero nadie le ofreció alguna cosa. Cavilando

en su situación, el pensó, ‘Cuántos de los operarios de mi padre tienen más que lo necesario

para comer mientras que yo estoy muriéndome de hambre; me levantaré e iré a la casa de mi

padre y le diré “Padre he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo

tuyo; trátame como si fuera uno de tus servidores”. Luego, se puso de pie y se encaminó de

regreso a la casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, su padre lo divisó y se llenó de

compasión. Corrió hacia él lo abrazó y lo llenó de besos. El joven le dijo, “Padre, he pecado

contra el cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre ordenó a sus

sirvientes, ‘Rápido, traigan el manto más fino y vístanlo, pónganle un anillo en sus dedos y

sandalias en sus pies. Tomen al becerro más cebado y mátenlo. Entonces preparemos una

fiesta, porque este hijo mío estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido

hallado’. Entonces la celebración comenzó...”.

(Lucas, 15, 11-24)

Aquí nos encontramos con un hombre joven quien tiene una enorme inversión

emocional por pasarla bien. El había estado ahorrando su dinero y ahora tiene su parte de la

herencia que había exigido. Su impulso en sus centros de felicidad, gira alrededor de placer,

afecto y estima. Así que junta sus propiedades y se prepara para la buena vida. Mientras está

lejos en lo suyo, su programa emocional por el placer no funciona tan bien como lo esperaba.

En medio de su disfrute de esa ‘gran-vida’, sobreviene una gran hambruna; él pierde toda su

fortuna, sus ‘amigos’ lo abandonan y no tiene nada que comer. Lleno de desesperación, toma

el trabajo de pastor en una porqueriza. En la cultura local, ésta era la manera más baja de

ganarse la vida. En este punto, él recuerda cuán bien alimentados están todos en su casa,

incluyendo aquellos sirvientes que son contratados. Nótese que los motivos para regresar a

casa no son los mejores. Su principal razón es que su programa de felicidad basada en el

placer, ya no es viable.

Esta parábola comunica el hecho de que nosotros estamos relacionados con un

Dios quien está infinitamente preocupado. El padre del hijo pródigo estaba esperando durante

años que su hijo despertara y comprendiera que la felicidad no puede ser encontrada en la

búsqueda del placer. Cuando él ve a su hijo aproximarse a la casa, queda profundamente

conmovido. De hecho, él queda tan afectado ante la vista de su harapiento hijo en el camino a

casa que olvida la deshonrosa manera con que su hijo lo había tratado cuando partió con su

2

7

28

parte de la herencia. El se apresura a encontrarse con aquel, y no le escatima en toda clase de

bienvenidas.

Esta parábola está dirigida a aquellas personas quienes viven una vida que el

público califica como de ‘mala reputación’. La mayor parte de los pecadores a un nivel

profundo, son inseguros, solitarios, y usualmente actuando fuera del daño hecho a ellos en su

vida temprana. Su actual conducta no es tanto por el abrumador trauma emocional infligido a

ellos por los adultos a una edad en que no podían enfrentarlo. La única preocupación de

este padre es rehabilitar a su hijo. La esperanza del hijo es quedar en posición de servidor

contratado, de tal suerte que pueda conseguir suficiente alimento. Este es el grado de

confianza en su padre. La clase de recepción que recibió debió de causarle un shock. Él

abruptamente cayó en cuenta de que nunca había entendido a su padre o su grado de amor

hacia él mismo; nunca penetró en la preocupación de su padre y en la profundidad de su

perdón.

Esta parábola está dirigida a los corazones de la gente que ha perdido la

esperanza y cuya desesperación está expresada en la constante repetición de estilos de vida

que no pueden proporcionar felicidad. Todavía ellos están entrampados en estos últimos

porque no conocen la felicidad encontrada en la amistad de Dios que los sacaría del

círculo vicioso de. Deseo, gratificación y frustración—el ciclo sin final de anhelo y

frustración. El padre estaba listo para perdonar y olvidar todo en medio de su regocijo por

encontrar al hijo que había perdido. Yéndose a un lejano país en búsqueda de felicidad era

una tragedia porque la verdadera seguridad, independencia y afecto, todas, estaban presentes

en la casa de su padre y el hijo pródigo no lo sabía.

Los pecadores que estaban escuchando a Jesús, estaban siendo invitados al

mismo perdón ilimitado. No hay mérito tal que nos lleve dentro de la amistad del Padre,

solamente consintiendo en su infinita bondad y preocupación.

¿Qué haremos después de haber retornado a casa, después de que hemos

escogido de nuevo vivir bajo la contemplación de la infinita ternura de Dios en vez de

escondernos de ella? ¿Qué haremos con los sentimientos de avaricia, orgullo, vanagloria,

celos, envidia, lujuria, deseos de manipular a otras personas, o en corto, con todo el mundo

de egoísmo que no pertenece a la casa del padre?

Este retorno a la casa del padre, no es un retorno al cielo; es tan sólo un

retorno a la correcta orientación de nuestras vidas con todo el daño que traemos con nosotros

de nuestra niñez. Una vez que hemos escogido la orientación de vivir en la casa del

padre, el símbolo de la presencia de Dios, Jesús se nos une, dondequiera que estemos.

Los actos de egoísmo, la mirada hacia atrás, las tendencias regresivas hacia anteriores

estados emocionales son todo eso que nosotros compartimos con Cristo y él con nosotros. Él

se identifica con nuestra historia personal en cada detalle. En vez de pensar que estamos

alienados de Dios, cuando las emociones aflictivas emergen, comprendemos que son

combustible para el divino amor. Podemos entonces darles la bienvenida sin identificarnos

con ellas porque las vemos como heridas que Dios está tratando de sanar.

En esta historia, nada se ha dicho de la madre del hijo. El padre parece ser un

progenitor sólo, ambos, padre y madre para sus hijos. Quizás la ausencia de la madre era uno

de los problemas básicos del joven desde que comenzó a abrirse paso en la vida. Nuestra

madre es nuestra primera ventana hacia Dios, y si esta ventana está ausente debido a

2

8

29

incomprensiones, ausencia física, o inadecuados padres, esa ventana es difícil de abrir más

tarde en la vida. La vocación de una madre debe ser una de las más grandes vocaciones que

existan. Comenzar bien en la vida resolvería un enorme número de problemas.

-

oo-

2

9

30

C a p í t u l o 11

Sucesos en el ministerio de Jesús

“EL DIOS OCULTO”

“Pasados unos ocho días después que dijo esto, tomó consigo a Pedro,

santiago y Juan y subió a la montaña para orar. Mientras oraba, su rostro cambió de

apariencia y sus vestiduras quedaron deslumbrantemente blancas. Y contemplaba a dos

hombres que estaban conversando con Él, Moisés y Elías, quienes aparecieron en gloria y

hablaban de su éxodo que él había acometido en Jerusalén. Pedro y compañeros habían sido

vencidos por el sueño, pero despertando completamente, presenciaron Su gloria y a los dos

personajes estando con Él. Cuando ellos estaban por retirarse, Pedro le dijo a

Jesús,’Maestro, es bueno que estemos aquí, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para

Moisés y otra para Elías’; pero él no sabía lo que estaba diciendo. Mientras hablaba, una

nube los cubrió haciendo sombra sobre de ellos, y quedaron llenos de miedo cuando

entraron en la nube. Entonces, de la nube salió una voz que dijo, “Este es mi hijo elegido,

escúchenlo”. Después de que la voz terminó de hablar, Jesús se encontró a solas. Y ellos se

callaron y no dijeron a nadie en ese momento lo que había presenciado. ...”.

(Lucas, 9,

28

-

3

6)

Este texto ha siempre ejercido un gran atractivo para contemplativos, tanto del

este como del oeste. Nótense las palabras clave que se aplican a la oración contemplativa.

‘Escucha’ es la palabra clave de la oración contemplativa. Es un medio para progresar o un

trampolín dentro del nivel espiritual de nuestro ser. Nótese también que ‘una nube los

cubrió’. La nube es una imagen favorita de la presencia de Dios más allá de todo concepto.

Los apóstoles ‘se despertaron y estaban iluminados. Hay también la palabra ‘sueño’, un no

infrecuente compañero de los contemplativos durante la oración.

Jesús el Hijo de Dios, se vació de sí mismo a fin de entrar en la familia

humana. La deslumbrante gloria que emanó de cada poro de su cuerpo y transfiguró sus

vestiduras está saliendo de un poder que siempre estuvo presente en Él, pero normalmente

bien escondido. Esta es una de las contadas ocasiones en que permitió a su gloria ordinaria

surgir y manifestarse a sí misma. Si Moisés tuvo que cubrirse el rostro después de haber

conversado con Dios, ¿qué no tuvo que haber hecho el Hijo de Dios para no aterrorizar a la

gente? El vaciamiento de Jesús es el dejar-ir a sus divinas prerrogativas a tal grado como si

éstas pudieran manifestarse en un ser humano. Este evento es uno de los grandes misterios de

fe comparables a Navidad, Epifanía, Semana Santa y Pentecostés.

Fíjense en los tres discípulos que Él trajo consigo a la montaña. Uno podría

inclinarse a decir, ‘Qué suertudos’. Ellos, supongo, fueron dignos de ir. Pero, echemos una

mirada a sus currículos; Pedro aspiraba a ser ‘el brazo derecho’ del Mesías. El obtuvo lo que

quiso pero no hasta que hubo atravesado por el desgarramiento de la humillación. Al igual

que Santiago y Juan, estaban a un paso de ser considerados terroristas. Ellos quisieron bajar

fuego del cielo y destruir las ciudades samaritanas que fueron hostiles, el equivalente de

soltar una bomba atómica en aquellas.

3

0

31

Así que no te excluyas de esta invitación. En las personas de los discípulos

con su larga lista de fallas humanas, cada uno es invitado a la montaña sagrada. Todo el

mundo está invitado a la experiencia de la transfiguración, a entrar a la nube, a escuchar la

voz de Dios, a compartir el silencio que se abatió sobre de ellos, y a temblar con su miedo.

Su miedo no era la emoción del miedo que nos aparta de Dios o nos advierte de emprender la

huida, sino más bien la pavorosa fascinación del misterio que atrae a uno irresistiblemente

dentro de la nube y que desea tocar y saborear el misterio que está escondido en la oscuridad.

La oración contemplativa accede a Dios en una oscuridad que está luminosa y

vivificante; no es un espacio en blanco, un trance o sueño profundo.

Si la divinidad de Cristo está escondida en Jesús de tal manera que nadie la

vio excepto en ocasión de la Transfiguración, ¿Cuánto más estará escondida pero

verdaderamente presente en aquellos que participan de la vida de Cristo a través de la fe?

La gracia de la transfiguración es el resplandor de la presencia oculta de

Cristo en nosotros. Veamos como trabaja esto en nuestra experiencia; nosotros también

estamos entrando a la nube. Estamos igualmente atendiendo a Jesús en el mandamiento del

Padre. Pedro quiso permanecer allá por ser algo bueno. “Permanezcamos aquí...”, dijo él, y

construyamos una tienda para Moisés, para Elías y para Jesús. La hospitalidad de Pedro,

sobradamente excedía a su autoridad; él no poseía la montaña. Sus palabras expresan el

deseo de continuar disfrutando el gozo de ese momento. Cuando la oración contemplativa es

gozosa, apaciguadora, significativa, radiante, el falso-yo se identifica rápidamente con esta

encantadora situación, y quiere que continúe permanentemente. El punto a tener presente es

que la divina energía está tan presente (como lo estuvo en la vida ordinaria de Jesús)

cuando no es percibida. Cuando la bondad divina se desborda o irradia por unos cuantos

momentos, horas o días, esto no significa que la consolación es todo lo que hay en la

contemplación. Lo que sentimos es nuestra propia interpretación, no la esencia del misterio.

Así como los apóstoles estaban siempre en la presencia de Jesús cuando

viajaban a Galilea, nosotros también estamos ante esa presencia. Pero la percepción de Su

presencia está reservada para momentos especiales. Contemplativos juiciosos de todos los

tiempos han identificado a la Transfiguración como uno de estos. Nosotros participamos en

la Transfiguración por la experiencia de la consolación espiritual. Pero no debemos dejar

al falso-yo tratar de ‘colgarse’ de este exuberante don indebidamente. Habiéndolo apreciado

y disfrutado, debemos permitir a los profetas regresarse a donde vinieron, a Jesús bajar de la

montaña, y a nosotros mismos retornar a los monótonos eventos de cada día y a nuestro

acostumbrado estado de oración que según todo estándar, generalmente es un embrollo. El

embrollo efectivamente esconde la divina presencia tal como la sagrada humanidad de

Jesús—su cuerpo, sus pies polvorientos, y desaliñada barba—esconde su divinidad. Jesús no

era un premio para contemplar durante su ministerio y especialmente, no durante su pasión y

muerte. Similarmente la vida diaria es Jesús escondido en nuestros altibajos, bajo la

apariencia de las cosas no deseadas, la descarga del inconsciente, y las convulsiones del

orgullo y la lujuria. La acción divina está siempre presente, pero nuestras facultades sólo la

perciben cuando la gracia de la Transfiguración nos ha sido infundida. Deberíamos pensar en

la oración primariamente, como nuestra participación en la pasión y muerte de Jesucristo. La

resurrección no viene primero; viene después de que hemos participado de su pasión;

demasiado tarde para hacer de la travesía espiritual un viaje fácil, pero justo a tiempo desde

el punto de vista de humillar el increíble orgullo de la especie humana.

3

1

32

Una vez que nos hemos comprometido a la travesía, tenemos que despojarnos

de nuestras expectativas y esquemas mentales y permitirle a Dios ser Dios en nosotros. Nos

conectamos dentro de la divina energía por consentimiento, no por sentimiento o por

experiencia. Esta energía está completamente disponible en todo momento con una

condición: el consentimiento de la fe.

Fuera de esa fe, viene el poder de rendirnos al

trabajo de transformación. La gracia de la Resurrección, se manifiesta en nosotros por los

frutos del Espíritu, no es consolación, es la fortaleza que viene de estar enraizado en Cristo

por la fe más allá de sentimientos, conceptos o cualquier experiencia, aún la espiritual.

-

oo-

3

2

33

C a p í t u l o 12

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA MUJER PENITENTE”

“Un fariseo lo invitó a cenar con él, y entró a la casa del fariseo y se

reclinó en la mesa. A esa hora había una mujer pecadora en la ciudad, la cual se enteró de

que Él estaba a la mesa en la casa de ese fariseo. Trayendo un frasco de alabastro con

unción, permaneció detrás de Él a sus pies sollozando y comenzó a bañar sus pies con sus

lágrimas. Entonces ella le enjugaba los pies con su cabello, besándolos y ungiéndolos con el

aceite. Cuando el fariseo que lo invitó vio aquello, se dijo a si mismo, ‘Si este hombre fuera

un profeta, sabría quién y qué clase de mujer es ésta que lo está tocando, que es una

pecadora’. Jesús le respondió, “Simón, tengo algo que decirte”, él contestó, ¿Dime

Maestro? Y Jesús le dijo, “Dos personas debían un dinero a un acreedor; una le debía el

equivalente al salario de cinco días de labor; la otra, cincuenta. Puesto que ambos no

podían devolver el importe recibido, el acreedor se lo condonó a ambos. ¿Cuál de ellos lo

amará más?” Simón dijo en respuesta, ‘Supongo que aquel que adeudaba más’. Jesús le

dijo, “Has juzgado rectamente”. Entonces Él volteó hacia la mujer y dijo a Simón, “¿Ves a

esta mujer? Cuando Yo entré a tu casa, no me ofreciste agua para lavar mis pies, pero ella

los ha enjugado con sus lágrimas y secado con su cabello. Tú no me besaste al llegar, en

cambio ella, no ha dejado de besar mis pies desde que entré; tú no ungiste mi cabeza con

óleo, pero ella ha ungido mis pies con el óleo. Así que Yo te digo, sus muchos pecados le han

sido perdonados; por consiguiente ella ha demostrado gran amor. Pero aquel a quien le es

perdonado poco, ama poco”. Entonces le dijo a ella, “Tus pecados te son perdonados”. Los

otros en la mesa se decían a sí mismos, ‘¿Quién es Éste que hasta los pecados perdona?

Pero Él le dijo a la mujer, “Tu fe te ha salvado, vete en paz.”

(Lucas,7, 36-50.)

Esta impresionante historia es una de las más importantes junto con la

Parábola del Hijo Pródigo, la Mujer sorprendida en Adulterio, la Moneda Extraviada, La

Oveja Perdida y El Buen Ladrón. Tratemos de entender el preciso punto que Jesús está

señalando en este episodio.

Al parecer Él ha aceptado una invitación a una comida formal en casa de un

fariseo. Mientras que cada uno estaba reclinado, como era la costumbre de la época, e

ingiriendo la deliciosa comida, una visita inesperada aparece de pronto. Una mujer de mala

reputación entra y permanece detrás de Jesús, puesto que el estaba reclinado. Ella comienza a

sollozar. Sometida por un impulso, ella riega lágrimas sobre Sus pies, y las seca con su

cabello. A continuación ella toma un frasco de perfume y vierte su oloroso contenido sobre

los pies del Maestro.

Es importante recalcar que un invitado importante en esos días, siempre

recibía agua para lavar sus pies, un beso de bienvenida en la mejilla y óleo perfumado para su

cabeza. El fariseo no había ofrecido ninguna de estas atenciones. De hecho, él había

insultado a Jesús. Aparentemente la mujer no estaba enterada de esta carencia de elemental

cortesía y seguía únicamente los impulsos del Espíritu.

3

3

34

En cualquier caso, la mujer estaba actuando de una manera que era

considerada, bajo cualquier norma, una locura. El bochorno que ella le causó al fariseo, debió

ser considerable. Supongamos que durante una celebración eucarística, cuando nos estamos

preparando para el ofertorio en la sagrada liturgia, un bien conocido ‘stripper’ (desnudista)

aparece ataviado en taparrabos Supongamos que él estalla en sollozos, recargado en el centro

y postrado delante del altar con su nariz en el piso. Cada uno sentiría que el ofertorio no era

el momento apropiado para tal conducta.

Este texto tiene un escenario similar. El fariseo consideraba que la conducta

de la mujer era inapropiada para un banquete, así que no debe sorprender que tuviera un

pensamiento negativo. Jesús, leyendo su mente y enfatizando que éste no le había brindado

alguna cortesía, fue movido por el Espíritu para extenderse a aquel hombre. Jesús,

normalmente tenía una agenda oculta. Él no es rápido para juzgar la conducta externa de

los demás. Al mismo tiempo, Él ‘se extiende’ de una manera sutil a aquellos que son

opresivos u obedientes de la ley, y los invita a entrar en sí mismos y percibir su propia

maldad. La motivación es la principal preocupación de Jesús--¿porqué se hace alguna

cosa? Más que ¿Qué es lo que se hizo?

En esta escena, Jesús compara la conducta del fariseo con la conducta de la

mujer. La base para la comparación es la ordinaria cortesía que debe esperarse para un

invitado. El puntualiza que el fariseo no le brindó el agua para lavar sus pies, mientras que la

mujer lo está lavando con sus lágrimas; Jesús continúa, “Tú no ungiste mi frente con esencias

y ella está ungiendo mis pies con perfume; tú no me ofreciste el beso de bienvenida en tanto

que ella está besando mis pies”, y Él concluye, “Debido a su gran amor, sus pecados le han

sido perdonados”. Parafraseándolo, “Basado en la evidencia de su amor, sus pecados le

tienen que haber sido perdonados; basado en la evidencia de tu conducta, la cual fue no haber

mostrado amor para nada, tú tienes que permanecer aún en tus pecados”.

El fariseo no se ha dado cuenta aún de que debe ser perdonado. Dado que él

no se encomienda a sí mismo a la Divina Misericordia, no tiene la experiencia de haber sido

perdonado. Esta es la única experiencia que capacita a uno para mostrar gran gratitud y amor.

De aquí que, para el asombro de todos, la persona espontáneamente rechazada por la

gente, emerge como la heroína, mientras que el respetable fariseo, manifestando actitudes

sociales propias de su tiempo, es implícitamente acusado de ser un pecador.

La primera parte de la parábola, nos advierte de no juzgar a nadie por la sola

apariencia. Quizás ello levante una sutil cuestión para las congregaciones quienes

escuchan este texto proclamado: “¿Y qué están ustedes haciendo mis queridos

cristianos para demostrar amor? Aquellos a quienes les ha sido perdonado mucho, lo

manifiestan por la clase amor que muestran.

Jesús, finalmente se vuelve hacia la mujer y le dice, “Tus pecados te son

perdonados”. Esta declaración inquieta a las personas de la mesa, y se comentan unos a otros,

“¿Quién se cree que es perdonando los pecados?”.

Su comentario obviamente es una forma de desaprobación, una manera de

evitar entrar en sí mismos y evaluar de qué situación provienen. Jesús le dice a la mujer, “Tu

fe te ha salvado”; su corazón ha sido cambiado. Toma tiempo para una conducta apropiada

ponerse al corriente con su nueva motivación. Conducta apropiada sin la correcta motivación,

es farisaísmo, la ocupación dañina de personas religiosas; Jesús frecuentemente previene

3

4

35

contra ello. Él constantemente destaca las pretensiones de personas religiosas quienes están

actuando por auto-centradas intenciones. A Él no le importa quiénes somos ni de dónde

venimos. Lo único que le interesa es la buena voluntad.

“Tu fe te ha salvado”, Jesús dijo. ¿Fe en qué? Fe en la divina bondad que está

lista para perdonar todo y a cada uno. Fe en la infinita misericordia de Dios, la cual no se

relaciona con números, puesto que es infinita, sino más bien con la gratitud y la auto-

renuncia. Encomendándose a sí misma al divino amor, ella recibió perdón completo y le fue

concedido probar su gratitud hasta el grado de su cortesía. Por supuesto fue exagerado; tuvo

que ser. Lo convencional no puede proveer los símbolos para expresar gratitud, la cual es tan

profunda o extensa. Tal amor tiene que burlarse de sí mismo. Ella no parece haber estado un

poco consciente de estar en el lugar inapropiado o que fuera inapropiado prodigar tan

extraordinaria cortesía. Esto es lo que impresionó tanto a Jesús.

El fondo de la segunda parte de la historia es una exhortación para

encomendarnos a la infinita Misericordia Divina, ya sea que el número de nuestros pecados

sea mucho o poco. El problema del fariseo fue que él no estaba consciente de que necesitara

ser perdonado. El estaba llevando una vida respetable y estaba cumpliendo con la ley.Pero

debido a que no estaba consciente de la necesidad de perdón, no pudo abandonarse a la

misericordia de Dios y ser perdonado. Por consiguiente, él no pudo mostrar el grado de amor

y gratitud que la mujer penitente enseñó. Jesús lo invita a entrar en introspección y

preguntarse de qué situación está viniendo. Aquellos que no están conscientes de su

necesidad de perdón, están en una dura situación. Eso no significa que uno tiene que ser

un gran pecador, como Jesús destaca en la Parábola, ni de los deudores que tienen una

cantidad por pagar. Aún si nuestros pecados son pocos, no tenemos forma de pagar nuestra

deuda. Entonces, los números no son importantes. Lo que hace la diferencia es el grado en

que nos abandonamos a la misericordia de Dios.

Realmente, el pecado personal no es el problema en primer lugar. Es el ‘falso-

yo’ con su orientación a preferirnos a nosotros mismos respecto de los demás y de Dios.

Fuera de esa insana raíz viene la fruta podrida que el ‘falso-yo’ produce. Ya sea que el mal

árbol produzca muchas manzanas o sólo unas cuantas, todo el fruto no es comestible. Así,

tenemos que encomendar todo el árbol, raíz y ramas, a la misericordia de Dios, quien sólo

puede sanar la radical distorsión de la condición humana; esto es precisamente la

conversión. No es un remedio tipo ‘curita’ (bandita) para la vida. Es el radical dejar-ir a

nuestros programas para la auto-centrada felicidad bajo la forma de seguridad personal o

colectiva, poder y control sobre los demás, un ilimitado placer, afecto y estima. Esta es la

afección. Esta es la raíz del árbol enfermo. Para sanar la enfermedad, se requiere una

conversión tan profunda como la manifestada por la mujer penitente. Penitencia es la

disposición que está lista para vencer la orientación del falso-yo y de la búsqueda de la

felicidad basada en programas auto-centrados que atropellan los derechos y necesidades de

los otros cuando ellos se atraviesan en nuestro camino.

“Tu fe te ha salvado”. Fe significa confiar en la infinita misericordia de

Dios manifestada en el trabajo redentor de Jesús; esto es lo que salvó a la mujer

arrepentida y puede salvarnos a cada uno de nosotros.

-oo-

3

5

36

C a p í t u l o 13

Sucesos en el ministerio de Jesús

“EL GRAN MANDAMIENTO”

“Uno de los escribas que les había oído se acercó, y viendo qué bien

les había contestado, le preguntó, ‘¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?’ Jesús le

respondió, “El primero es éste: ‘¡Escucha, Oh Israel, El Señor nuestro Dios es uno sólo!

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con

todas tus fuerzas’; el segundo es éste: ’Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. No hay otros

mandamientos más grandes que estos”. El escriba le dijo, ’Bien dicho Maestro; tú tienes

razón al decir que Él es Uno y no hay otro más que Él. Y ‘amarlo con todo el corazón, con

todo tu entendimiento, con todas tus fuerzas, y amar a tu prójimo como a ti mismo es más

importante que todas las ofrendas y sacrificios’. Y cuando Jesús vio que él había contestado

con sensatez le dijo, “Tú no estás lejos del Reino de Dios”; y nadie se atrevió a hacerle más

preguntas”.

(Marcos 12, 28-34)

¿Cómo podremos tal vez amar al Señor con todo nuestro corazón, alma, mente

y fuerzas a no ser que el falso-yo haya sido significativamente desmantelado? Si nuestra

fortaleza está dividida entre toda clase de deseos, este mandamiento resulta imposible. En

cualquier caso, no es algo que nosotros comenzamos a observar desde el primer día de

nuestra conversión. Ello presupone un proceso de liberación del egoísmo. Para ser más

específicos, no podemos ejercitar el amor de Dios emocionalmente, mentalmente y

espiritualmente, como ordena este mandamiento, mientras estemos bajo la influencia de los

programas emocionales para la felicidad. Por ejemplo, en el primer peldaño de la conciencia

humana, sentirse seguro es la preocupación fundamental. En el primer año de vida, la

conciencia está mayormente

enfocada a la

siempre recurrente ronda de deseos y

gratificaciones alrededor del alimento, bebida, refugio, y concretos signos de afecto.

A medida que avanzamos del primer año al tercero, el placer, el afecto y la

estima, así como el control, llegan a ser objetos primarios del deseo. Del cuarto al séptimo, la

aceptación por la familia y los otros niños es lo primordial en nuestro sistema de valores.

A medida que evolucionamos hacia el nivel racional con su capacidad para

rebasar los programas infantiles para la felicidad, la razón tiende a ser dominada por los

programas ya en su sitio. La Palabra de Dios tiene que caer en nuestros corazones tocándonos

con la determinación de desmantelar los programas emocionales para la felicidad, sobre-

identificación con nuestro grupo y el falso-yo que fue construido durante nuestra niñez

temprana. Dios, gentilmente viene en nuestro auxilio, comienza a mostrarnos el egoísmo

básico de cada uno de esos programas y nos invita a reconocerlos y a entregárselos a Él.

Todas las emociones aflictivas están enraizadas en nuestro falso-yo, y todas ellas

comienzan a desaparecer una vez que los valores del Evangelio que nos conducen a la

verdadera felicidad, están firmemente establecidos.

Lo que Jesús le está diciendo a este joven escriba es que este abstracto

entendimiento del primer mandamiento del Viejo Testamento “está OK” y que si él persiste

por ese camino, los valores del sistema del falso-yo son gradualmente liberados de su

3

6

37

fascinación por el placer, el poder y la seguridad: Uno entonces se sitúa dentro de la

conciencia sobre la presencia interior de Dios. Con ese situarse, viene la capacidad de amar a

Dios con toda nuestra mente, corazón, alma y fuerzas. Accediendo al misterio de la

presencia interior de Dios, somos capaces de percibir la presencia de Dios en los otros.

La presencia de Dios en nosotros, reconoce la presencia de Dios en cada uno. Entonces

es posible amarlos como a nosotros mismos.

El segundo precepto fluye automáticamente del primero. Si verdaderamente

amamos a Dios, podemos amar a nuestro prójimo como amamos a nuestro verdadero-yo que

hemos hallado a través del proceso de liberación. Toda la salida de la tiranía de Egipto hacia

la tierra prometida en el Libro del Éxodo es una parábola de la salida de la tiranía del falso-

yo a través del desierto de purificación dentro de la tierra prometida de la libertad

interior.

Hay una intrigante segunda sección en este texto. Aunque Jesús aprobó el

primer mandamiento y su corolario, amar al prójimo como a uno mismo, y se congratuló con

el joven escriba por su comprensión, Él también dijo, “Tú no estás lejos del Reino de los

Cielos”; en otras palabras, el Reino de Dios requiere algo más que amar a los otros como a

uno mismo. Para amar a nuestros semejantes desde la perspectiva del verdadero-yo, como

poseyendo la imagen de Dios, es una buena comprensión, pero aún no es la plenitud del

Reino de Dios de acuerdo con Jesús. Un nuevo mandamiento caracteriza la fe cristiana, la

cual lleva aparejada la comprensión del escriba un peldaño arriba: es amar al otro como

Jesús nos ha amado. Esto es mucho más difícil. Esto es amar a otros en su individualidad,

singularidad, rasgos de personalidad, predisposiciones temperamentales, historia personal, y

en cosas que ‘nos pegan a la pared; a amar a nuestros semejantes, en otras palabras,

justamente como son, con su ‘lista del mercado’ de faltas, inaguantables hábitos, demandas

irrazonables, e imposibles peculiaridades. El nuevo mandamiento es aceptar a los demás

incondicionalmente; digamos, sin el menor deseo de cambiarlos. Amarlos en su

individualidad, es la manera en que Jesús nos ha amado a nosotros. Él nos da el espacio en el

cual cambiar y el tiempo para confrontar los obstáculos que nos impiden posteriores cambios.

Hay en realidad dos enfoques. Uno es deliberadamente desmantelar los

programas emocionales para la felicidad, tal como los vemos funcionando en nuestras vidas.

Una ulterior práctica y uno que necesita ser aplicado al mismo tiempo es el precepto positivo

del amor incondicional. Esta es la ascesis que Jesús por sí mismo sugiere como la mejor

manera de desmantelar el falso-yo. Es mostrar amor infatigable comenzando con las personas

con las que vivimos, y aquellos que dependen de nosotros de una manera u otra. Jesús

extendió esta ascesis al insulto personal, injuria, persecución, y aún a la muerte en sí. Este es

el mandamiento que manifiesta si estamos o no completamente en el Reino. Estar en el

Reino significa estar a la disposición de la divina presencia y su acción, y continuar la

revelación de Cristo en el mundo por cómo vivimos. Esta es la perspectiva que fue omitida

en el joven escriba; es la perspectiva que Jesús dio a sus discípulos como su deseo final y

testamento. Ejercitando el amor incondicional, el desmantelamiento del falso-yo tiene

lugar. Este es el amor que San Agustín llamó “soportar lo insoportable”. Esta es la práctica

cristiana madura que nadie debe posponer. Mostrando amor tolerante, no importa qué

suceda, nosotros imitamos y traspasamos la misericordia que Cristo ha mostrado por

nosotros.

3

7

38

-

oo-

3

8

39

C a p í t u l o 14

Sucesos en el ministerio de Jesús

“NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES”

“Estando cerca de la cruz de Jesús donde su Madre y la hermana de su

Madre, María la esposa de Cleofás y María de Magdala. Cuando Jesús vio a su Madre y al

discípulo que Él amaba, le dijo a su Madre; “Mujer, he ahí a tu hijo”; entonces le dijo a su

discípulo,”He ahí a tu madre”. Desde entonces, el discípulo la llevó a su casa.”.

(Juan 19,

25

-

2

7)

.

Los incidentes en el Evangelio de Juan tienen un significado más allá de los

eventos que son descritos literalmente. Es así que las palabras que Jesús pronunció en la cruz

tienen un significado más allá de su obvia preocupación sobre quién cuidaría a su madre

después de su muerte. La tradición cristiana ha desarrollado la idea de la Madre de Jesús

como ‘la nueva Eva’, su acompañante en el monumental trabajo de la redención y de la

apertura de la conciencia humana al desarrollo ilimitado. María tiene una cercana relación

con nuestro propio crecimiento interno hacia el pleno conocimiento de la Realidad Suprema.

Ella es la madre de la nueva humanidad, la nueva creación a la cual el Evangelio nos

invita a unirnos y dentro de la cual el sacrificio de Jesús nos inicia. María tiene un

especial significado para los contemplativos, quienes están deliberadamente buscando entrar

dentro de esta toma de conciencia.

El Espíritu de Dios nos penetra de alguna manera como el alma humana

penetra cada célula en el cuerpo. En virtud del bautismo y el regalo de la fe, el programa del

cuerpo de Cristo es codificado dentro de cada uno de nosotros. Nuestras facultades intuitivas

están liberadas de las limitaciones de los sentidos y la razón no por rechazarlos, sino yendo

más allá de ellos y abriéndose a un nivel intuitivo de conciencia. Las etapas de la oración

contemplativa son niveles de asimilación de la naciente vida de Cristo. Nosotros ponemos

nuestra vida humana, singularidad y talentos dentro del proyecto trascendente de la

manifestación de Dios y la transformación del mundo presente dentro de la nueva

creación. La íntima relación de María con Cristo, su disposición a la auto-renuncia, su

receptividad alerta, y su presteza en responder a los deseos del Espíritu, son las grandes

virtudes contemplativas.

Estando al lado de la cruz, Ella participó de la inauguración de la ‘nueva

creación’. Los apóstoles fueron anulados en enfrentar la crucifixión de Cristo. Sólo Juan

permaneció, aunque si bien, a una buena distancia; todos los demás, dejaron la escena y se

evadieron. Los humanos puntales de su fe desaparecieron cuando Jesús no fue vitoreado más

por las multitudes. Cuando fue rechazado por los sacerdotes y autoridades civiles, los

apóstoles quedaron devastados. Su fe era dependiente de apoyos humanos. Cuando estos se

fueron, ellos se fueron.

María, sin embargo, permaneció al lado de la cruz. Su fe no se extinguió. Los

apóstoles vieron a Jesús como el Mesías, pero no fueron claros acerca de su divinidad. María

fue tan clara como el cristal respecto a esto último. Si ellos presenciaron la destrucción de

Cristo como el fin de todo, ¿qué debió de haber sentido Ella cuando consideraba a Jesús no

3

9

40

solamente el Mesías sino Dios mismo? La Palabra Eterna es la persona a quien Ella conoció

como su Hijo. Para Ella, Dios estaba muriendo, por así decirlo. La muerte de Dios nunca fue

tan conmovedora para la experiencia humana como para Ella. Esta es la espada que atravesó

su corazón. Ella estaba afligida no tan sólo por su Hijo y por el Mesías; Ella estaba

afligida por Dios. Sólo Ella percibió la profundidad del misterio de la cruz, de Dios

lanzándose hacia fuera, por decir, para la salvación de la insensible e ingrata gente.

María es el paradigma de aquellos que están manifestando a Cristo en sus

vidas personales. Su compasión estaba enraizada en la clase de amor que Dios tiene por

nosotros—un amor que es tierno, firme, y completamente abnegado. La conciencia de Dios

es el fruto de la pasión de Cristo, su muerte, resurrección y ascensión. En la ascensión, Jesús

entra con su humanidad en el corazón de toda la creación donde Él mora por dondequiera y

en todo; visible solamente por los rayos-X de la fe que penetra a través de cada máscara

incluyendo las más grandes de las penas. Dios está reinando a pesar de las apariencias de lo

contrario. El Cristo celestial está siempre presente, preparando el camino para el triunfo final

de Dios en el cual, como dice Pablo, “Dios será todo en todo”. Esta es la fe que María tenía

cuando miró lo que quedó de la carne de su Hijo y aún lo vio reinando desde la cruz—el

triunfo de Dios oculto en el más grande sufrimiento. Esto la convierte en nuestra compañía y

apoyo en cada prueba concebible.

-

oo-

4

0

41

C a p í t u l o 15

Sucesos en el ministerio de Jesús

“CRISTO REY”

“La gente aguardaba y vigilaba; los gobernantes mientras tanto, se burlaban

de Él diciendo, ‘Ha salvado a otros, dejémosle que se salve a sí mismo si es el elegido, el

Mesías de Dios’. Aún los soldados se mofaban de Él. Se le aproximaban para ofrecerle vino

y le gritaban, ‘Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo’. Arriba de Él estaba un letrero

con la inscripción que decía ‘Este es el rey de los judíos.”

Ahora uno de los criminales que colgaba a su lado, increpaba a Jesús

diciendo, ‘¿No eres tú el Mesías? Sálvate a a ti mismo y sálvanos a nosotros’. El otro, sin

embargo, lo reprendió diciendo, ‘¿No tienes temor de Dios puesto que tú eres reo de la

misma condenación? Y en verdad, nosotros hemos sido condenados justamente, dado que

esta sentencia que recibimos corresponde a nuestros crímenes, pero este hombre no ha

cometido delito alguno’. Entonces agregó, ‘Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Él le respondió, “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso”. (Lucas 23:35-43).

La crucifixión de Jesús es el máximo trastoque de valores. Jesús en sus

parábolas ocasionó una sacudida a los valores de la gente de su tiempo. Él continúa

ocasionándonos lo mismo cuando escuchamos el Evangelio hoy en día. Él crea terremotos

debajo de nuestros auto-suficientes preempacados sistemas de valores. Aquí vemos a Jesús

muriendo en la cruz, crucificado, rechazado, aniquilado, el trabajo de Su vida reducido a

cero. ¿En qué consiste este trastocamiento de valores? Consiste en el divino amor

manifestándose a sí mismo en la promesa de Cristo al buen ladrón. Tan pronto como aquél se

abrió al divino amor, el ladrón cesó de ser un ladrón. Jesús instantáneamente lo aceptó como

miembro del Reino: “ Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

Los fariseos y las autoridades romanas eran impenitentes. El buen ladrón, al

confesar su crimen, ascendió al cielo. Este es el máximo trastocamiento de valores. Es la

confrontación del amor divino y el orgullo humano.

El Evangelio de Juan percibe a Jesús reinando desde la cruz. El divino amor

está triunfando sobre la aparente victoria de lo mundanal, la violencia y el pecado.

Cualquiera que acepte esa visión, está reinando con Cristo en su Reino ahora mismo.

Parafraseando las palabras de Jesús al buen ladrón, “Tú estarás en el Paraíso desde ahora, aún

en medio de tus sufrimientos”. De aquí que tan pronto como nosotros nos abrimos al

divino amor, nuestros pecados están perdonados

y olvidados. Nosotros somos

instantáneamente colocados, igual que el buen ladrón, en el reinado del divino amor. De esta

manera, así como el sistema de valores de este mundo es trastocado y crucificado el egoísmo

en el cuerpo de Cristo, el divino amor es vertido sobre la familia humana y puesto a

disposición de cada uno que lo permite.

El Reino de Cristo no es un reino de poder sino de compasión. Él nos

invita a participar.

-

oo-

4

1

42

C a p í t u l o 16

Sucesos en el ministerio de Jesús

“LA CELEBRACIÓN EN LA CASA DE MATEO”

“Cuando Jesús pasaba por ahí, vio a un hombre llamado Mateo sentado en la mesa

de recaudación de impuestos. Él le dijo, “Sígueme”; y él fue y lo siguió. Mientras que Él

estaba en la mesa de su casa, muchos recaudadores de impuestos y pecadores vinieron y se

sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos. Los fariseos vieron esto y le dijeron a los

discípulos: ‘¿Porqué vuestro

maestro

come con

recaudadores de

impuestos y

pecadores?’él escuchó esto y dijo, “Aquellos que están sanos no necesitan de médico, sino

los enfermos. Vayan y aprendan el significado de estas palabras, ‘Misericordia quiero y no

sacrificios’; yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.”

(Mateo 9; 9-13).

El Evangelio presenta varias respuestas a la venida del Reino de Dios en la persona

de Jesucristo. Este texto provee otra interesante respuesta. Jesús venía caminando cuando

vio a un hombre llamado Mateo, sentado en su mesa donde eran recaudados los impuestos.

La mayoría de esos recaudadores en aquellos días, eran extorsionadores, y sin acusar al

eminente evangelista de haber sido un anterior ladrón, las probabilidades de que fuera uno

eran altas. Al menos, le gustaba manejar dinero; un problema para la vida espiritual de

cualquiera.

Mateo, habiendo sido invitado a ser un discípulo, inmediatamente fue y siguió a

Jesús. Nótese la inversión de las expectativas sociales. Los escribas y fariseos estaban al

asecho y trataban de encontrar la manera de que Jesús cayera en contradicciones por sus

palabras. Mateo respondió inmediatamente al llamado, y parece ser que fue el único

discípulo que lo hizo. Los demás, pasaron algún tiempo con Jesús antes de que finalmente

hicieran su compromiso.

Mateo estaba tan contento con su conversión que preparó un banquete en su casa e

invitó a todos sus amigos de mala fama. Así, leíamos, ‘muchos recaudadores de impuestos

y aquellos conocidos como pecadores, vinieron a unirse a Jesús y a sus discípulos en la

cena’. Esta es una extraña compañía para el Hijo de Dios, pero yo pienso más bien que el

juicio depende de tu actitud y de qué situación provienes. Por pecadores, probablemente se

refiera a hombres y mujeres prostitutas locales. Imagínate yendo a un restaurante de comida

rápida y encontrándote a Jesús sentado al fondo, rodeado de prostitutas del lugar,

drogadictos, vagabundos y extorsionadores.

Jesús parecía sentirse a gusto en la casa de Mateo, más aún que en la casa del

fariseo. Algunos de los fariseos observaban que Jesús y sus discípulos estaban dando un

espectáculo y comenzaron a protestar, ‘¿Qué razones puede tener el Maestro para comer

con estos granujas y otros al margen de la ley?’

Jesús escuchó estos comentarios e hizo esta declaración, “No son los sanos quienes

necesitan al médico, sino los enfermos. Vayan y aprendan el significado de estas palabras:

‘¡Misericordia quiero y no sacrificios”.

4

2

43

Sacrificios se refiere a las rituales oblaciones prescritas por la Ley, a través de las

cuales uno espera expiación por los propios pecados. Pero es en misericordia en lo que

Dios está más interesado, de acuerdo con Jesús, y no en rituales. Eso no significa inferir

que los sagrados ritos no tengan valor en sí, pero usarlos como medida para juzgar a otra

gente no es la forma correcta. Nunca sabemos cuando miramos a cierta gente, y nos

preguntamos cómo están ellos ganándose la vida, si en unos pocos segundos ellos podrían

ser completamente cambiados.

Cuando Jesús dijo, “Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”,

eso era una gran noticia. Esta declaración advierte a quienes persiguen la jornada espiritual

de estar prevenidos contra los serios padecimientos que los afligen. La oración

contemplativa es una clase de antibiótico contra estas enfermedades. Nótese la fuerte

ironía en las palabras de Jesús, “Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los

pecadores”. Cada uno sufre las enfermedades de la condición humana (pecado original) y

es en consecuencia un pecador. Es precisamente materia de jerarquización. La gente que

piensa que no está enferma, que se consideran a si mismos justificados o los más grandes

regalos de Dios a la humanidad, son objetos de las declaraciones de Jesús: “No son los

sanos quienes necesitan al médico, sino los enfermos. Parafraseando: “Si tú deseas

reconocer la enfermedad de tu falso-yo, Yo estoy a tu servicio”.

Esta yuxtaposición de gente que sabe que son pecadores y aquellos que no lo saben,

aunque son justamente enfermos, ocurre en las parábolas. Tomemos al hijo pródigo. Tan

pronto como el libertino viene a casa, es tratado como una celebración, muy parecida a la

celebración a la cual asiste Jesús por Mateo. El sacramento de la reconciliación no es sólo

la confesión de los pecados, sino la celebración de que estos han sido perdonados. Es la

misma clase de evento que el hijo pródigo celebró y que Mateo está celebrando en este

texto. La gente auto-justificada no puede entender cómo Dios puede celebrar el retorno de

los derrochadores, granujas y extorsionadores justamente porque parecen haber dado vuelta

a la hoja. La respetabilidad que tienden a endilgarnos cuando hemos llevado una

aceptable buena vida, esconde nuestra propia tendencia a preferirnos a nosotros

mismos a los derechos y necesidades de los demás.

Cuando el hijo pródigo llega a casa, hay una celebración. Entonces escuchamos del

hijo obediente que siempre permanecía en casa. El resulta ser un mayor pecador que su

hermano. Lo juzga severamente y rechaza celebrar su recuperación. El reclama

amargamente que su padre nunca le regaló tan siquiera una cabra para celebrar con sus

amigos. Nótese la envidia y celos que él manifiesta. Este hijo obediente, aunque en

apariencia bien portado, era aún no-redimido.

Nosotros también como el hijo mayor, podemos preguntar porqué el hijo pródigo

fue recibido con los brazos abiertos y en celebración. La respuesta es que, ¡lo necesitaba!

No porque lo mereciera. El hijo mayor no es capaz de entender la compasión de su padre,

quien obviamente representa a Dios. Nosotros hacemos esto mismo en nuestra travesía

espiritual. Si quedamos desconsolados por un rato, o si demasiada verdad sobre nosotros

mismos irrumpe demasiado rápido, retrocedemos en vez de zambullirnos dentro de la

infinita misericordia de Dios. Los notorios pecadores parecen estar en una mejor situación.

Cuando estos ‘tocan fondo’ ¿dónde más pueden estar sino es dentro de la Misericordia

de Dios? Nosotros podríamos ir allí sin tener que ‘tocar fondo’ si reconocemos que

también somos pecadores en necesidad de sanación.

4

3

44

C a p í t u l o 17

De las enseñanzas de Jesús

“ESPERANDO A DIOS”

“Cíñanse sus caderas y enciendan sus lámparas y sean como los sirvientes quienes

esperan el retorno de su Señor de la boda, listos para abrir inmediatamente cuando él

viene y toca. Benditos sean aquellos sirvientes a quienes el amo encuentre vigilantes a su

arribo. Amén, yo les digo, los ceñirá él mismo, los hará reclinar en una mesa y procederá a

servirlos. Y si viniera él en segunda o tercera guardia y los encuentra preparados de ese

modo, benditos sean aquellos sirvientes. Estén seguros de esto, si el amo de la casa

hubiera sabido la hora cuando el ladrón estaba viniendo, no habría dejado que su casa

fuera asaltada. Ustedes también deben estar preparados, porque a la hora menos pensada

vendrá el Hijo del Hombre.”

(Lucas 12: 35-40).

Abraham no sabía adónde estaba yendo cuando fue llamado por el Señor; él es el

paradigma de la fe, especialmente la fe contemplativa que está anuente a seguir el llamado

de Dios hacia lo desconocido sin saber adónde se está yendo. De hecho, ésa es la única

forma de ir. Tan pronto como pensamos que sabemos adónde estamos yendo, estamos en el

camino equivocado.

El Señor ofrece dos parábolas en este texto, ambas tratan de la carencia de

certidumbre. En la primera, el sirviente no sabe cuándo regresará su señor de la boda. La

segunda parábola, establece que si la cabeza de la casa supiera cuándo estuviera viniendo el

ladrón, permanecería despierto. Estas parábolas refuerzan la idea de que la travesía

espiritual no está programada y no puede ser computarizada. Tú tienes que estar

anuente a tolerar la incertidumbre, lo cual significa esperar, estar en guardia, y hacer

tu trabajo mientras esperas. Estas parábolas son maneras de protestar contra nuestras

arraigadas demandas para saber ¿adónde estamos yendo? ¿Qué está pasando?¿ adónde está

el final de la travesía?, y si es posible, la fecha exacta en que la unión transformadora

tendrá lugar.

Veamos si podemos percibir el centelleo en los ojos de Jesús, a medida que Él

dirige esta parábola a sus estudiantes. El dice, “Deja que tus cintas sean apretadas alrededor

de tus puños y tus lámparas ardiendo brillantemente y sé como los sirvientes aguardando el

retorno de tu señor de una boda.” Esta enseñanza es acerca de cómo nos sentimos mientras

esperamos a Dios en la oración. Jesús dice, “Piensa en Mí, estando en una boda”. El quiere

que nosotros asumamos que El tiene una buena razón para retrasar su aparición y pide que

no nos dejemos tentar por quejas o utilicemos su ausencia en su contra. El propósito de

esperar es que estemos finalmente atentos cuando El finalmente arribe para que

podamos abrirnos a Su persona sin retraso y podamos disfrutar de Su presencia.

Jesús continuó diciendo. “Dichosos aquellos sirvientes a quienes el Señor encuentre

bien despiertos Yo les digo, Él se pondrá un delantal, los sentará en una mesa y procederá

a servirlos”. Parafraseando, “Amigos, si ustedes no se quejan porque Yo me demoro tanto

en la fiesta, no creerán el servicio que Yo les daré. Podría venir a media noche o

4

4

45

precisamente antes del amanecer. Si pueden esperar hasta entonces, ustedes me verán

emergiendo reluciente de la oscuridad.”

El Señor sabe perfectamente bien que nosotros, como los discípulos en el Lago

Tiberíades, hemos trabajado duro sin pescar nada, y que todos los esfuerzos han sido

estériles. Aún aguardamos. Cuando la aurora comience a mostrarse, la paz de Cristo

silenciosamente entra a nuestro ser íntimo y se desborda dentro de todos los sentidos.

Ahora Jesús cambia la imagen. De nuevo nótese el humor. “Ustedes saben que si el

jefe de familia supiera a qué hora iba a venir el ladrón, no le permitiría forzar la entrada de

la casa”. Jesús se presenta a sí mismo ahora como el inesperado intruso. Esta parábola se

refiere no solamente a la muerte física, sino a todas Sus inesperadas intrusiones en nuestras

vidas que nos toman por sorpresa. Algunas veces El viene cuando nos encontramos ‘de

capa caída’. De improviso, en medio de la angustia, la ira, la amargura, pensamientos

lujuriosos, y el sentimiento de abandono, esta increíble presencia amorosa parece como si

nos dijera, “Bien, ¿qué es lo que pasa contigo? ¿De qué estás refunfuñando? Porque está un

poco oscuro no me ves. Estate en guardia, por consiguiente, porque el Hijo del Hombre

vendrá cuando menos lo esperes.

Cuando menos lo esperes, será la parte más oscura de la noche. No es nuestra

súplica la que trae de regreso al Maestro; El viene cuando ve que hemos completado

nuestra preparación. El sufrimiento de esperar está en proporción al gozo de la

resurrección. A aquellos en la travesía espiritual, nada pasa que no esté dirigido hacia la

divina unión si ellos sólo dicen “sí”.

Si no podemos decir sí, deberíamos solamente esperar sin decir algo. Entonces, al

menos no diremos que “no”.

-

oo-

4

5

46

C a p í t u l o 18

De las enseñanzas de Jesús

“E L P E R D Ó N”

“Entonces Pedro, aproximándose le preguntó: “Señor, si otro miembro de la

Iglesia peca contra mí, ¿qué tan a menudo debo perdonarlo? ¿Tanto como siete veces?”

Jesús le dijo: “No te digo siete, sino setenta veces siete”. “Por eso, el reino de los cielos se

puede comparar a un rey que quiso hacer cuentas con sus funcionarios. Había comenzado

a hacerlas, cuando le llevaron a uno que le debía muchos millones. Como aquel

funcionario no tenía con qué pagar, el rey ordenó que lo vendieran como esclavo, junto

con su esposa, sus hijos y todo lo que tenía, a fin de saldar la deuda. El funcionario cayó

de rodillas delante del rey, rogándole: ‘Señor, ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo.’

El rey tuvo compasión de él, le perdonó la deuda y lo dejó ir en libertad.

“Pero al salir, aquel funcionario se encontró con un compañero que le debía una

pequeña cantidad Lo agarró del cuello y lo ahogaba, diciendo: ‘¡Págame lo que me

debes!’El compañero se echó a sus pies, rogándole: ‘Ten paciencia conmigo y te lo pagaré

todo.’ Pero el otro no quiso, sino que le hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda.

Esto disgustó mucho a los demás compañeros, que fueron a contar al rey todo lo sucedido.

El rey entonces le mandó llamar y le dijo: ‘¡Malvado!, yo te perdoné toda aquella deuda

porque me lo rogaste. Pues también tú debiste tener compasión de tu compañero, del

mismo modo que yo tuve compasión de ti.’ Tanto se indignó el rey, que ordenó castigarle

hasta que pagara toda la deuda.”

Jesús añadió:

Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada uno no perdona de

corazón a su hermano”.

(Mateo 18:21-35)

Todas las parábolas del Señor tienden a trastocar el aprobado o aceptado

sistema de valores de su tiempo. El Viejo Testamento urgía a la gente a perdonar a sus

conciudadanos. Pero era algo más esperar que la gente perdonara a los extranjeros. La idea

del perdón fue proyectada más allá de cualquier limitación por el ejemplo y las

enseñanzas de Jesús. Él dejó en claro que cualesquiera que hayan sido las enseñanzas

aceptables hasta ese tiempo, Él estaba proponiendo una nueva enseñanza, a saber: que

uno debe perdonar una y otra vez, sin ninguna limitación.

Esta enseñanza cae como una sorpresa para Pedro y los otros discípulos entrenados

en el contexto religioso de su tiempo. Pedro pensó que estaba siendo muy generoso al

proponer perdonar ofensas hasta siete veces. Él estaba esperando una palmada en la espalda

cuando trajo a colación esta fórmula. Como a menudo sucede, Pedro mal calculó, y fue

reprobado. Jesús dijo: “Ustedes deben perdonar no tan sólo siete veces, sino setenta veces

siete”. Puesto que el siete es un número perfecto, la clara implicación es que el perdón

amplio es el sentido de la ley.

4

6

47

La parábola describe qué le sucede a alguien con fuertes deudas que estaba a punto

de ir a la cárcel. Él se postra ante el rey a quien adeuda una gran suma y le implora

misericordia. El rey le perdona toda la deuda. Este era un maravilloso acto de generosidad

en aquellos días.

El deudor, ahora libre de las deudas que no pudo pagar, apenas puso un pie en la

calle, cuando se encontró con uno de sus propios deudores, quien le debía una pequeña

suma de dinero, tomó a este último por la garganta diciéndole: ‘Págame lo que me debes’;

el deudor calló con su rostro en tierra suplicando, ‘Dame tiempo y yo te pagaré todo’.

Pero aquel hombre no lo escuchó y lo metió a la cárcel junto con su esposa e hijos.

Los servidores se indignaron e informaron de todo lo ocurrido al rey. Éste se puso

furioso. ¿No es esta la manera como tú deberías sentirte? No obstante, el perdón de las

deudas no era parte de la mentalidad de su tiempo. El deudor que fue perdonado estaba tan

apegado a la expectativa de recuperar su dinero que no pudo cambiar su manera de

proceder. El rey, furibundo lo mandó apresar y lo envió a los verdugos. El clímax dice: “Mi

Padre celestial los tratará a ustedes de la misma forma si no perdonan a sus hermanos y

hermanas desde el fondo de su corazón”.

La enseñanza que está siendo presentada tiene una cierta energía. Jesús le dice a

Pedro,”No tan sólo deberías perdonar a tu hermano siete veces, sino cualquier número de

veces”. Esta es una nueva manera de pensar sobre el perdón. Los seres humanos

sentían desde tiempo inmemorial que si ellos eran ofendidos, tenían derecho a la revancha.

Ésta, se opone a la apertura e corazón a la cual nos llama el Evangelio.

En esta parábola, la importancia del perdón como la sanación esencial de un vínculo

que ha sido dañado, emerge en toda su fuerza. La salud e integridad de cada comunidad, su

creatividad y crecimiento, dependen del sentido de pertenencia. El perdón es una necesidad

desde esta perspectiva; es el auténtico tejido del universo.

Los brazos extendidos de Jesús en la cruz, son los símbolos del perdón de todos y

cada uno. Este amor triunfa sobre las fuerzas de la entropía en la creación. En un sentido,

la falta de voluntad para perdonar

es un atentado contra Dios. Él está tan

identificado con la creación, que cualquier renuencia a perdonar es una resistencia a

la Gracia; cualquier moción para dañar a otro, es desgarrar a Dios en piezas.

Los lazos del amor necesitan ser constantemente renovados. El perdón

mantiene y robustece el lazo de unidad que permite a toda vida a crecer. Si nosotros

tenemos mucho que perdonar, entonces tenemos mucho de qué ser perdonados. La

proporción entre las dos, sugiere la parábola, es muy grande.

-oo-

4

7

48

C a p í t u l o 19

De las enseñanzas de Jesús

“E L D E B E R DE C O N F R O N T A C I Ó N.”

“Si tu hermano te ofende, habla con él a solas para moverle a reconocer su falta. Si

él te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te hace caso llama a una o dos personas

más, porque toda acusación debe basarse en el testimonio de dos o tres testigos. Si

tampoco les hace caso a ellos, díselo a la congregación; y si tampoco hace caso a la

congregación, considéralo como un pagano o como uno de esos que cobran impuestos

para Roma. Os aseguro que todo lo que atéis en este mundo, también quedará atado en el

cielo; y todo lo que desatéis en este mundo, también quedará desatado en el cielo.

Igualmente os digo que si dos de vosotros os ponéis de acuerdo aquí en la tierra para pedir

algo en oración, mi Padre que está en el cielo os lo dará. Porque donde dos o tres se

reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”

(Mateo 18: 18-20).

El deber de la confrontación es uno de los más arduos. De acuerdo con este texto, si

tu ves a personas haciendo algo seriamente mal, hay una obligación, dentro de las normas

de la prudencia, de llamarles la atención con esa falta, de tal manera que ya no sigan

desintegrándose más y más con esa conducta autodestructiva. Qué tan lejos aplica esto para

nosotros, depende de nuestra vocación. Parece ser un profético rol en el cual uno es enviado

por Dios para llamar al orden a líderes u otra gente. Ha habido unos clásicos ejemplos en la

historia de personas que bajo inspiración del Espíritu confrontaron a gente de alto nivel con

sus faltas. Solamente tenemos que pensar en Juan el Bautista quien perdió su cabeza o en

Tomás Moro quien reclamó a Enrique VIII por su conducta en similares circunstancias y

también se encontró decapitado. Ciertos peligros merodean alrededor de este rol profético.

Por consiguiente es mejor estar seguros de que verdaderamente somos enviados antes de

que confrontemos a los leones en sus cuevas. Todos nosotros sin embargo, tenemos que

enfrentar el deber de corregir a alguien de cuando en cuando.

Tratar con adolescentes es una constante preocupación para los padres. Hay

ansiedad respecto de, si los muchachos están entre malas compañías, experimentando con

drogas, o explorando conductas que son inadecuadas para adolescentes. A cierto punto, uno

podrá tener suficientes indicios de problema para decir, ‘Debo confrontar a este muchacho’.

Al mismo tiempo, tú quieres estar seguro de que, cualquier corrección que tu ofrezcas, debe

emerger de genuina preocupación y amor.

La confrontación nunca funciona si proviene de sentimientos de ira. De aquí

que es muy importante escoger un momento y lugar apropiados y considerar cuál es la

situación de la otra persona para que tenga la máxima oportunidad de hablarle al

corazón.

Algunas personas están temperamentalmente inclinadas a confrontar gente; nada les

proporciona más placer. Si nuestra corrección proviene del gozo de la confrontación, no

vamos a conseguir nada. Otras no pueden por sí mismas confrontar a cualquiera debido a su

timidez o apocamiento, y no quieren ‘hacer olas’, inclinándose a barrer toda clase de basura

4

8

49

‘debajo de la alfombra. Eventualmente no habrá más espacio debajo de la alfombra; la

suciedad se asomará y causará un terrible desorden. Si han confrontado el problema

prontamente y con amor, habrán hecho un gran servicio a alguien a quienes aman o a quien

tienen la responsabilidad de corregir.

El Señor indica que si tú has tratado de corregir, y no has tenido éxito, habrás

cumplido tu deber y solamente se esperará de ti que hagas oración. El sugiere la forma de

enfrentar dificultades en una comunidad cuando las cosas no andan bien con algunos

miembros: llámalos aparte y confróntalos. Esta es llamada la ‘corrección fraterna’. Si ésta

no funciona, trae a unas pocas personas prudentes para discutir el asunto; si esto no

funciona, trae a la comunidad como un todo. Si todos estos esfuerzos fallan, tu habrás

completado tu deber y ahora podrás tratar al ofensor como recaudador de impuestos, al cual

todos evitan. Tu aún amas a la persona, pero la obligación de tratar de corregirlo o

corregirla ha llegado tan lejos como se podía.

Sólo el amor puede cambiar a las personas. Esta es la gran confrontación que

nadie puede resistir. Esto le ofrece a los otros el espacio en el cual cambiar, no importa lo

que ellos hagan. Nuestros esfuerzos mal-concebidos especialmente si ellos emergen de la

contrariedad personal o porque la conducta de otros pueda causarnos bochorno, nada

lograrán. Los ofensores sentirán que la confrontación no está proviniendo de una genuina

preocupación por ellos y así, movilizarán sus defensas. Mostrando amor, no importa que

suceda, nosotros podemos proveerles un medio ambiente en el cual pueden experimentar la

posibilidad de cambiar. Esto es imitar la compasión de Dios para con nosotros. El está

constantemente tratando de corregirnos pero nunca con carácter vengativo. Cuando El nos

corrige, nunca nos persigue como las Tres Furias de la mitología griega. Simplemente se

mantiene invitándonos a dejar ir la conducta que es en sí destructiva, y volvernos a su amor.

Cuandoquiera que exista algo a ser corregido, Él indica que si nos enmendamos, gozaremos

del perdón absoluto. La sola confrontación que permite la corrección es aceptar a

quienquiera que seamos tratando de ayudar a ellos precisamente como son.

He aquí un suceso verdadero de una enfermera siquiátrica quien me había dicho la

fantástica historia de un cierto paciente que había recién ingresado al hospital. Este hombre

había cometido un terrible crimen

Era tan terrible que ese hombre nunca quería que se

conociera. Había completado su larga condena en prisión y había venido al hospital en

condición moribunda. El no podía creer que Dios pudiere perdonarle su crimen; así que se

resistía a cualquier forma de reconciliación. El capellán trató de persuadirlo de que confiara

en Dios. Él se rehusó. Cualquier pensamiento de reconciliación despertaba en él su auto-

rechazo. Era más doloroso para él pensar en el perdón a sentir su auto-rechazo.

La enfermera siquiátrica le mostró toda cortesía. Ella le hizo la cama por las noches

acompañándola de alguna atención como flores,

recordándole su cumpleaños y

preguntándole por su familia; le fue escribiendo algunas notas en su día libre. Puesto que su

enfermedad era prolongada, entabló una amistad con él.

Cerca del final, su más cercano amigo vino a verlo y lo urgió para que se

reconciliara con Dios. ‘Por favor, ni lo menciones’, suplicaba el moribundo. ‘No es posible

que Dios me perdone por lo que he hecho’.

Su amigo continuó urgiéndolo: ‘Dios es bueno y te ama; puedes confiar en Él’. Pero

nada que él dijera podía penetrar las defensas del moribundo.

4

9

50

Finalmente el amigo exclamó en su desesperación: ‘Piensa cuánto amor muestra

hacia ti la enfermera. ¿Dios, no podría hacer lo mismo?’ El enfermo reconoció cuán

agradecido estaba hacia la enfermera que le había mostrado tanto amor, pero añadió: ‘Si

ella hubiera sabido lo que yo hice, me rechazaría igualmente’.

El amigo replicó: ‘Debo hacerte una confesión, cuando entraste por primera vez al

hospital, yo le confié a ella tu historia con sumo detalle’. El moribundo lo miró con gran

estupor. Sus defensas se disolvieron y sus ojos se llenaron de lágrimas. ‘Si ella pudo

amarme’ murmuró, ‘sabiendo todo lo que he hecho, debe ser verdad; Dios también

puede amarme’.

La enfermera le suministró el sacramento de la reconciliación, no ritualmente por

supuesto, pero élla realmente le comunicó en su persona, la compasión y el perdón de Dios.

El sacramento de la reconciliación era inaceptable para él, pero Dios vino a él mediante una

persona que fue capaz de manifestarle el amor divino de una manera concreta. Esta es la

confrontación final, la cual no es con mucho una confrontación en sí, sino la transmisión

del amor divino. La Realidad Ultima a quien Jesús llamaba Abá, es el padre, madre

amorosos, y cada relación humana que es bella, buena y verdadera; todo ello

dispuesto en un trascendente regalo de infinita compasión. Cada uno de nosotros

puede ser un símbolo de ese amor hacia aquellos que conocemos.

-

oo-

5

0

51

C a p í t u l o 20

De las enseñanzas de Jesús

“LA LIBERTAD DE LOS CONDICIONAMIENTOS CULTURALES.”

“Jesús iba de camino acompañado por mucha gente. En esto se volvió y dijo: “Si

alguno no me ama más que a su padre, a su madre, a su esposa, a sus hijos, a sus

hermanos y a sus hermanas, y aun más que a sí mismo, no puede ser mi discípulo. Y el que

no toma su propia cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. ¿Quién de ustedes queriendo

construir una torre no se sienta primero a calcular el costo para saber si cuenta con lo

suficiente para terminarla? No sea que una vez puestos los cimientos no pueda terminarla,

y todos los que la vean comiencen a burlarse de él diciendo, ‘Este hombre comenzó a

construir pero no pudo terminar’. O si un rey tiene que ir a la guerra contra otro rey, ¿no

se sentará primero a calcular si con diez mil soldados podrá vencer al otro que lo ataca

con veinte mil. Y si no puede hacerle frente, cuando el otro rey esté todavía lejos, le

enviará mensajeros a pedirle la paz?. De la misma manera, cada uno de ustedes, quien no

renuncie a todas sus posesiones, no podrá ser mi discípulo.”

(Lucas 14:).

El texto presenta a Jesús dirigiéndose por el camino y acompañado por una gran

multitud. Yo supongo que a Él se le ocurriría preguntarse ¿quién es esta gente que me está

siguiendo y cuál es su motivación? En cualquier caso, Él se volvió hacia ellos y les planteó

con la sabiduría registrada en este texto, el cual yo parafraseo: “A menos que tú quien me

está siguiendo, estés preparado para dejar a tu padre, madre, esposa, hijos, hermanos y

hermanas, deberías igualmente irte a tu casa. A menos que tú estés listo para dar la espalda

a la gente más cercana a ti, no puedes ser mi seguidor”. Entonces Él agrega. “Tú también

debes dejar tu propia vida, tu propio ser, tus propios pensamientos, juicios,

inhibiciones”. Este es un gran mandato. Dado que muchos continuaron siguiéndolo, Él

procedió a agregar dos parábolas a manera de clarificación.

Antes de construir una casa, una persona prudente dibuja los planos y, dependiendo

de la altura del edificio, planea su edificación de acuerdo con lo que Jesús comentó:

“Refleja qué tipo de ser es un seguidor mío. No sólo me sigas ciegamente; ¿cuánto te va a

costar? Piensa en la cimentación requerida para este edificio y en qué te estás

comprometiendo tú mismo”.

El dicho de Jesús está diseñado para mover a la gente para cuestionar sus valores

incuestionables de tal manera que estos puedan abrirse al programa radical para el cambio

que Él ofrece. Nosotros no disfrutamos normalmente el cambio. Aún un cambio para

mejorar es amenazante. Es más fácil adherirse al sistema de valores que hemos absorbido

de nuestros padres, educación, grupo étnico, nación, y formación religiosa. Jesús

regularmente invitaba a sus oyentes a cuestionarse su sistema de valores. En la cultura

de su tiempo, la familia era el supremo valor. Hoy en día, cuando la familia se está

desintegrando en el mundo occidental, Jesús habría dicho lo contrario. De nuevo, la

tendencia actual es no tener cuidado propio de los ancianos, ellos son un lío y una carga. De

aquí que en nuestros días necesitamos escuchar lo opuesto a aquellas palabras. El punto es

5

1

52

que la sabiduría de los dichos de Jesús reta nuestros valores incuestionables en

cualquier edad en que vivamos.

Una bien conocida persona que dio cumplimiento a esta sabiduría de los dichos de

Jesús fue San Francisco de Asís. El provino de un hogar acomodado; su padre fue un

exitoso hombre de negocios y altamente respetado en su comunidad. Como la mayoría de

los padres, él pensó que sería bueno si sus hijos pudieran casarse con alguien escogido por

sus padres, tener un buen ingreso, casa, hijos, cuidar de ellos en su edad mayor, enterrarlos

y recordarlos amorosamente. Estas eran expectativas humanas normales de la época.

Desafortunadamente llegaron a ser institucionalizadas durante un período largo de tiempo,

y llegaron a ser consideradas como los supremos valores. Entonces, cuando alguno dudaba

acerca de alguna parte del escenario esperado, la resistencia de sus parientes y amigos era

enorme.

Cuando somos llamados, dado que Jesús está implicado, a un más alto nivel de

valores que involucran el servicio, no sólo a nuestra propia familia, sino con un mayor

alcance como en el caso de los Apóstoles, entonces estos incuestionables valores

permanecen firmes. Por consiguiente Jesús nos advierte: si los valores se oponen o nos

previenen en contra de continuar creciendo más allá de ellos, entonces debemos

‘detestar’ nuestros apegos culturales y lanzarnos dentro de lo desconocido. Debemos

estar listos para renunciar a los valores que tenemos interiorizados cuando estos se

opongan a los valores del Evangelio.

Cuando Francisco dejó casa y posesiones, su padre se sintió insultado, herido y

rechazado. Sus planes para Francisco quedaron trastocados. Esta parece ser una experiencia

paternal normal. Porque es tan difícil distinguir entre lealtad humana de una más alta

lealtad al llamado de Dios, los agónicos momentos de este período de nuestra conversión,

requieren que nos sentemos e imaginemos cuánto va a costar esta elección. Entonces no nos

sorprenderemos cuando aquellos a quienes amamos nos acusen de desdeñar su amor por

nosotros.

Francisco tuvo éxito en des-identificarse a sí mismo de los valores limitados de su

familia y su cultura. Él estaba como la pasada generación de ‘hippies’ quienes rechazaron

los valores materiales de sus padres. Desafortunadamente esa generación transfirió sus

estructuras de dependencia del hogar a la comuna o grupos de iguales y continuó el mismo

ciclo de dependencia. Una institución puede ayudar a recoger esta generosidad y canalizarla

a buenos propósitos. La batalla para dejar ir la sobre-identificación necesita ser guiada;

existe una delgada línea entre la verdadera vocación y el fanatismo al colgarse de una

visión que no está suficientemente matizada o en diálogo con otros valores humanos. Los

severos dichos de Jesús están balanceados con instrucciones que parecen contradecirlos.

Por ejemplo, Jesús acusaba a los fariseos de evitar la obligación de apoyo financiero a los

padres al prometer su herencia al templo, lo cual era una evasión del amor práctico debido a

los padres. Estas declaraciones equilibradas, nos advierten que lo que Jesús está

enseñando es la libertad interior de la sobre-identificación que impide el crecimiento

humano. No es la negación de lo que lo que debemos en gratitud a nuestros padres,

sino la libertad de ir más allá de su particular visión del mundo.

-

oo-

5

2

53

C a p í t u l o 21

De las enseñanzas de Jesús

“L A P U E R T A E S T R E C H A.”

“Él

pasó

a través de ciudades y villas.

Enseñando

conforme

avanzaba,

encaminándose a Jerusalén. Alguno le preguntó, ‘Señor, ¿solamente unos pocos se

salvarán?’, y Él le respondió, “Esfuércense por entrar por la puerta estrecha; en verdad

les digo, muchos intentarán entrar pero no serán suficientemente fuertes. Después de que

el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, entonces ustedes permanecerán afuera

tocando la puerta y diciéndole, ‘¡Señor, ábrenos la puerta, somos nosotros!’. Él les

responderá. “Yo no conozco de dónde son ustedes”, y ustedes le dirán, ‘nosotros comimos

y bebimos en tu compañía y tú enseñaste por nuestras calles’; entonces Él les dirá, “Yo no

conozco de dónde son ustedes. ¡Apártense de mí malhechores!”.

“Y allí será el llanto y crujir de dientes cuando ustedes vean que Abraham, Isaac y

Jacob y todos los profetas están en el Reino de Dios, y ustedes sean expulsados. Muchas

gentes vendrán del este y el oeste, del norte y del sur, y se reclinarán en la mesa en el

Reino de Dios, para presenciar, algunos quienes son los primeros serán los últimos, y

quienes son los últimos, serán los primeros”.

(Lucas 13; 22-30).

Este fue el último viaje de Jesús a Jerusalén, un viaje que llevó a su vida y

enseñanzas a una calamitosa conclusión. En el primer plano de la mente de Jesús, está el

sacrificio de su vida que Él estaba a punto de ofrecer para la redención del mundo. En el

curso de su enseñanza alguno preguntó, ‘¿Señor, habrá pocos o muchos que se salven?

Jesús, como un maestro sabio fue bien capaz de discernir cuán seria era esta pregunta.

¿Realmente esta persona quería conocer la respuesta, o se trataba de una pregunta

formulada por mera curiosidad?

Este hombre joven podría ser un genuino buscador apasionadamente interesado en

la respuesta, ya sea para él mismo o para las otras personas con quienes él se identificaba.

Si tu estás comprometido con el servicio a los de lento entendimiento, los moribundos, los

hambrientos, o los encarcelados, esta es una cuestión crucial. Tú verdaderamente quieres

saber. La pregunta a la cual Jesús responde, nos reta. ¿Van a ser pocos los que se salven? Si

así es, ¿cómo podemos llegar a ser de esos pocos?

Nótese cómo responde Jesús. Él está camino a su propia muerte por lo que no va a

contestar superficialmente. ¿Son pocos los que se van a salvar? Él no contesta la pregunta

directamente; simplemente agranda los aspectos circundantes y así libera al cuestionante de

una variedad de factores limitantes que le harían imposible conocer la respuesta.

Jesús dice primero que nada, que la propia adhesión externa a la religión de

cada uno, no garantiza la entrada al Reino de Dios. Aquellos que piensan que son los

primeros, serán los últimos, y aquellos que son los últimos, serán los primeros. O de nuevo,

gentes vendrán del este, oeste, norte y sur, y tomarán sus lugares con los profetas, mientras

que los propios pueden encontrarse a sí mismos, extraños. Así, la adhesión externa a la

5

3

54

religión que adopte la revelación de Dios, no es suficiente. Mucha gente a quienes no

esperábamos encontrar en el Reino, estarán allí. ¿Por qué? Porque ellos han aceptado

interiormente los principios básicos del Reino de Dios, lo cual es fidelidad a la propia

conciencia. Jesús no indica que aquellos del norte, sur, este u oeste van a ser cristianos. Él

simplemente dice que van a estar allí. ¿Cómo ellos llegan allí?, no está abordado. Él

también dice que aquellos que piensan que van a estar allí, no van a estarlo. De hecho,

cuando estos toquen ruidosamente la puerta sollozando, ‘Señor, te escuchamos cada

domingo en el templo, comimos y bebimos contigo; Tú debes conocernos’, Él replicará,

“Yo nunca oí de ustedes, ¿Lárguense!”

Las observancias externas de la religión por sí mismas, son inútiles. Nuestras

acciones deben corresponder con nuestras creencias. Estas serán las medidas por las

cuales el Dueño de la casa, después de que se ha retirado a la cama, decidirá si es

importante levantarse y dejarnos entrar.

Hay serias consideraciones que Jesús dispone para la reflexión de este hombre joven

y para el ensanchamiento de sus ideas. Ya Jesús lo ha liberado de su sobre-identificación

con sus condicionamientos culturales y su auto-imagen religiosa. De aquí que la pregunta

del joven hombre es puesta dentro de un total nuevo concepto.

Jesús replica, “Esfuércense por entrar por la puerta estrecha”. Ahora, ¿cuál es ‘la

puerta estrecha’ que provee tal grado

de seguridad? En

un

redil, la puerta es

extremadamente angosta, solamente de una en una pueden salir o entrar las ovejas a la vez.

Consecuentemente, hay una íntima relación entre el pastor y las ovejas. Él las llama a

cada una por su nombre.

La puerta estrecha, en el contexto de la jornada de Jesús a Jerusalén y a su muerte

sacrificial, es su enseñanza y ejemplo. No es llamarse a sí mismo cristiano lo que cuenta,

sino realmente seguir a Jesús.

La enseñanza básica de Jesús es la aceptación incondicional de cada uno.

Aunque tal práctica sea en extremo demandante, cada uno tiene la capacidad de hacerlo,

porque dos cosas son requeridas: sufrimiento y amor.

Cada uno puede sufrir, y cada uno puede amar.

-

oo-

5

4

55

C a p í t u l o 22

De las enseñanzas de Jesús

“EL VINO NUEVO”

“

E

L

V

I

N

O

N

U

E

V

O

”

“…Entonces vinieron a Él los discípulos de Juan diciendo: ‘¿Por qué

nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, pero tus discípulos no lo hacen?’ Jesús les

dijo: ‘Los amigos del novio no pueden llevar luto mientras el novio esté con ellos, pero

días vendrán cuando el novio les sea quitado, y entonces sí ayunarán. Nadie remienda un

parche de tela nueva sobre una tela vieja, porque el parche tirará de la tela vieja y se hará

una rotura peor. No se pone vino nuevo en odres viejos, pues los pellejos reventarán y el

vino se derramará. A vino nuevo, odres nuevos, así ambos se preservarán” (Mat. 9; 14-17).

Juan el Bautista causó conmoción en Israel y atrajo muchos discípulos. Jesús

fue bautizado por él, y escogió a sus primeros discípulos de entre los seguidores de Juan.

Este último era austero; vestía con un taparrabos y comía únicamente langostas y miel

silvestre. El practicaba mucho ayuno y esperaba lo mismo de sus discípulos.

Cuando existen dos maestros espirituales o comunidades religiosas en el

mismo vecindario, las lealtades hacia un grupo, entran en conflicto con las lealtades hacia

el otro. Podría haber mutuas detracciones y desprestigios. Podrían hacerse comparaciones

entre nuestra observancia y su observancia, entre nuestro maestro espiritual y su maestro

espiritual; nuestra tradición, y su tradición.

En este incidente, los discípulos de Juan estaban observando a los discípulos

de Jesús. Y dijeron: ‘¿Cómo es que nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y tus

discípulos no?—sugiriendo que sus discípulos no estaba a la altura de las altas exigencias

de los de Juan. ‘¿Quiénes son ustedes?--es la implicación directa--¿comparados con

nosotros?’ Una austera observancia provoca atención pública, admiración y aclamación.

Jesús, graciosamente se adapta a estas debilidades humanas. Él responde con

una pregunta ‘¿Cómo pueden llevar luto los invitados del novio mientras éste está con

ellos?’ Mediante esta pregunta, Él da a entender que los discípulos de Juan no están viendo

la escena en su totalidad. Ellos están buscando santidad, pero en el lugar equivocado. Él

agrega: ‘cuando el novio les sea quitado, entonces sí ayunarán.’

Él apela al hecho de que su presencia entre sus discípulos, es una

celebración, y que no es apropiado llevar luto mientras se asiste a una boda; por lo menos,

ellos no serían bien vistos. Una celebración requiere la capacidad tanto de recibir como la

de dar. Cuando Dios se hace graciosamente presente en nuestras vidas por unos minutos, no

es el momento de practicar nuestras costumbres austeras. Es como tener una sorpresiva

visita de un pariente muy querido que viene a compartir afecto y amor, y nos encuentra

demasiado ocupados como para decirle: ‘mejor vuelve otro día’.

Jesús continúa: ‘Nadie coloca un parche de tela nueva sobre tela vieja; eso

solamente hará mayor lo descocido’. Y añade: ‘La gente no vierte vino nuevo en odres

viejos’. El pellejo, se resecará del todo, se arrugará y reventará. Si ponemos vino nuevo

dentro del odre viejo, las substancias químicas que aún están siendo procesadas en el vino,

5

5

56

reventarán los viejos pellejos. El odre viejo no tiene la flexibilidad de expandirse que

requiere la fermentación.

El vino nuevo es la maravillosa imagen del Espíritu Santo. A medida

que nos movemos del

nivel intuitivo de conciencia a través de

la oración

contemplativa, la exuberancia del Espíritu no puede ser contenida en las viejas

estructuras. No son lo suficientemente flexibles; deben dejarse de un lado o adaptarse. El

nuevo vino como símbolo del Espíritu, tiene una tendencia a seducir a la gente; por esta

razón, los padres de la Iglesia le llamaron: ‘sobria ebriedad’. Aunque su exuberancia esté

sometida, rompe las categorías y no es posible contenerlo en estructuras delimitadas.

Jesús indica a los discípulos de Juan que ellos siguen una buena práctica

pero están demasiado atados al ayuno como estructura. El vino del Espíritu que Jesús

trae no se ajustará dentro de sus ideas restringidas. Ellos deben ampliar su visión. De

otra forma, el nuevo vino del Evangelio les traerá problemas. Él reventará los estrechos

confines de sus mentalidades y ambas, la que ya tienen y la que tratan de recibir, se

perderán.

Jesús sugiere una solución: ‘Pongan el vino nuevo en odres nuevos’. El

‘nuevo vino del Evangelio’ se manifiesta por los Frutos del Espíritu, los cuales de acuerdo

con Gál. 5: 22-24, son nueve aspectos de la mente de Cristo. Si el nuevo vino va a ser

preservado, hay que encontrarle nuevas estructuras que sean más apropiadas que las

antiguas. Si nos apoyamos demasiado fuertemente en las viejas estructuras, el nuevo vino

del Espíritu se perderá. Esto mismo sucedió al final de la Edad Media y especialmente en la

Iglesia Católica de la Contrarreforma cuando el énfasis se desplazó, de cultivar los Frutos

del Espíritu, al conformismo hacia fórmulas doctrinales y observancias externas. Esta es la

razón por la cual nos encontramos en tiempos del Concilio Vaticano II, en un desierto

espiritual. El vino viejo se había acabado. La renovación en el Espíritu, el vino nuevo, es

la recuperación de nuestra tradición contemplativa cristiana. Pero es necesario poner

este movimiento del Espíritu en nuevas estructuras; las antiguas es probable que

revienten.

¿Es probable renovar los odres viejos? Con un poco de cebo, es posible que

adquieran cierta flexibilidad, pero no tanta como los nuevos. El proceso podría llevar largo

tiempo.

¿Qué pasaría con la renovación de la vida contemplativa entre los seglares?

Veremos nuevas formas de estilos de vida contemplativos que mejor sirven al nuevo vino

con su tendencia a extenderse, a emocionar y a subirse a la cabeza, por así decirlo. El

nuevo vino es la dimensión contemplativa del evangelio. Su función básica es consentir

a la presencia y a la acción del Espíritu dentro de nosotros. Este consentimiento no es

dirigido a nuestra intencionalidad, sino a la intencionalidad de Dios. El Espíritu que nos

ama primero, está sirviendo el vino, no nosotros. Es un error pensar que nosotros tenemos

que ganarnos la atención de Dios, o impresionarlo con nuestras virtudes. Este no es el

nuevo vino Esta es una actitud que pertenece al vino viejo, donde nuestras virtudes son

vistas como un medio necesario para ganarnos el favor divino.

Si consentimos a la intención de Dios, Él trabaja en nosotros a través de los

Frutos del Espíritu: compasión ilimitada, gozo, paz, y los otros enumerados por Pablo.

Ninguna estructura es capaz de contener tal vino. Pablo agrega: ‘Aquellos que están

5

6

57

movidos por el Espíritu, no tienen ley’. Están más allá de toda ley porque ellos cumplen la

meta de todas las leyes, lo cual es el continuo torrente de la compasión y el amor divinos.

Así cumplen espontáneamente toda ley justa.

-oo-

5

7

58

C a p í t u l o 23

Celebraciones de la presencia de Jesús

“N A V I D A D”

“Había pastores en aquella región viviendo en los campos y vigilando por las noches

a sus rebaños. El ángel del Señor se les apareció a ellos y la gloria del Señor los brilló

alrededor de ellos y tuvieron mucho miedo. Pero el ángel les dijo, “No tengáis miedo,

porque os traigo una buena noticia que será motivo de gran alegría para todos: Hoy os ha

nacido en el pueblo de David un Salvador, que es el Mesías, el Señor. Como señal

encontraréis al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre”.

En aquel momento, junto al ángel, aparecieron muchos otros ángeles del cielo que

alababan a Dios y decían:

“¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra entre los hombres que gozan de su

favor!”

(Lucas 2:8-14)

Toda clase de misterios se han vertido sobre el Evangelio de Navidad, saltando y

cayendo en cascadas a cada nivel de nuestra conciencia. Unámonos a los pastores y tratemos

de entender su experiencia. Los eventos e imágenes en las Escrituras simbolizan experiencias

internas. Navidad es así, una importante ocasión en nuestra historia personal. A través de

ella, Dios nos despierta a la vida divina en nosotros. No solamente somos seres humanos;

somos seres humanos divinizados. Los ángeles, por su palabra y acciones enseñaron a los

pastores el significado del niño recién nacido. La liturgia trata de hacer lo mismo por la

palabra y los sacramentos.

Es importante caer en cuenta que la Liturgia está basada en una cosmología que

piensa que en la creación, todo puede quedar reducido a cuatro elementos básicos,--tierra,

aire, fuego y agua. Los sacramentos de la Iglesia han heredado esta mentalidad cultural. En

nuestro inconsciente colectivo, estos elementos son aún poderosos, y siempre se encuentran

trabajando en nosotros. Lo que ocurrió en los campos aledaños a Belén, fue que un ángel del

Señor se apareció con el brillo del fuego. Su apariencia fue temible al principio. A medida

que él habló con los pastores y calmó su temor, la luz que le acompañó fue paulatinamente

magnificada cientos de veces, y “la Gloria de Dios alumbró sobre ellos”. La sobrecarga de

sus sentidos catapultó a los pastores dentro de una deslumbrante iluminación interior.

Entonces el ángel les dio una señal como en la tradición de las grandes teofanías del Viejo

Testamento: “Encontrarán al niño en un pesebre, envuelto en pañales”.

De repente, su voz se magnificó cientos de veces a medida que aparecieron

numerosos ángeles fuera de las estrellas, fuera del claro cielo estrellado nocturno, fuera de

los campos, y fuera de la tierra— ¡todos cantando, gritando y glorificando a Dios! Esta

tremenda sobrecarga de sus sentidos conmocionaron a los pastores dentro de una interna

armonía e integración. Ellos se apresuraron hacia Belén para contemplar el signo prometido.

Ellos encontraron al Niño Jesús recostado en un pesebre. ¿Lo acunaron en sus brazos y a

través de ese toque llegaron a entender la presencia de La Palabra dentro de sus corazones?

5

8

59

Elías en el monte Horeb experimentó esa sobrecarga de sus percepciones sensibles en

la forma de un furioso fuego, un torbellino y un terremoto. Pero fue solamente en la

silenciosa y pequeña voz que él reconoció la presencia de Dios. Esta fue una de las

experiencias cumbre en el Antiguo Testamento. Pero, no fue la plenitud del Evangelio. Algo

más había sucedido. Ahora Dios se había hecho uno de nosotros y respiraba nuestro aire. En

Jesús, el corazón de Dios está latiendo; sus ojos están viendo; sus manos están tocando; sus

oídos están oyendo. A través de su humanidad, todo el universo material se ha hecho divino.

Ahora Dios está en el torbellino, en el terremoto y en el fuego rabioso. Haciéndose un ser

humano, Él está en el corazón de la creación y en cada parte de ésta.

En la fiesta de la Epifanía la liturgia celebra este hecho y lo signos de las aguas del río

Jordán santificadas por el toque del cuerpo de Jesús. Cada gota de agua en la tierra, como

resultado de ese contacto, se ha vuelto importante para el sacramento del Bautismo. Se ha

vuelto el elemento material para la transmisión de la vida divina. Similarmente, comiendo y

bebiendo, Jesús ha hecho del alimento y la bebida, especialmente el pan y el vino, los

signos de la divina transformación.

La sobrecarga proveniente de alguna fuerte experiencia sensible que habla de Dios,

no sólo apunta hacia Él sino de alguna misteriosa manera lo contiene. Ahora Jesús puede

decir que cualquier cosa que se haga al más pequeño de sus hermanos insignificantes es

hecha a Él. Cada persona humana, por virtud de la Encarnación, es Cristo.

Todo en la creación ha sido transformado por contacto con Su humanidad. Por

Su aliento, la atmósfera es sagrada. Por alimentarse, la comida es sagrada. Ahora cada

experiencia sensible comunica el misterio de Cristo. “La Palabra se ha hecho carne”—

hecha parte de la creación, hecha importante—“y habitó entre nosotros”. Jesús se nos da a

nosotros en todo lo que sucede.

-oo-

5

9

60

C a p í t u l o 24

Celebraciones de la presencia de Jesús

“E P I F A N Í A”

“Cuando ustedes lean esto podrán darse cuenta de que conozco el designo secreto

de Cristo, designio que no fue dado a conocer a nadie en otros tiempos, pero que ahora

Dios ha revelado a sus santos apóstoles y profetas por medio de su Espíritu. Tal designio,

secreto consiste en que los no-judíos reciben mediante el Evangelio la misma herencia que

los judíos, pues son miembros del mismo cuerpo y tienen parte en la misma promesa que

Dios hizo en Cristo Jesús.” (Efesios 3, 4-6).

Esta fiesta es un estudio de la manifestación de Cristo en su divina naturaleza.

Resulta claro de la lectura de este día, que la liturgia tiene tres importantes Epifanías en

mente. En cada uno de estos aspectos, Cristo manifiesta su divina naturaleza en y a través

de su humanidad.

De algún modo la divinidad del Niño fue manifestada a los magos. De algún modo

la divina naturaleza de Cristo fue manifestada a Juan el Bautista y a sus discípulos en la

rivera del Jordán. De algún modo su naturaleza divina fue manifestada a sus discípulos

cuando Él cambió el agua en vino en la fiesta de bodas en Caná. ¿Cuál es el significado de

esas divinas manifestaciones que la liturgia ha seleccionado para celebrar esta fiesta de la

Epifanía? Es obvio que la Iglesia está esperando que en el curso de esta celebración del

ciclo de Navidad-Epifanía, nosotros también despertemos a la misma percepción de la

divinidad de Jesús. ¿Cómo ocurrirá? ¿Cuándo ocurrirá? ¿Cuán profundamente?—Todo

esto es parte del misterio; pero está ocurriendo.

La gracia de la Epifanía es el llamado a llegar a ser divinos. El nacimiento de

Cristo como hombre es nada menos que la divina expresión de su eterno nacimiento como

Palabra de Dios en el eterno silencio del Padre. Desde luego, el silencio en el Padre es la

plenitud de todo. Este silencio—plenitud que tiene conciencia de sí misma—es la Palabra,

el Hijo de Dios. Epifanía es la celebración de la Gracia de este eterno nacimiento en

nosotros. Esto es realizado en base al modelo de Nuestra Señora, por nuestro pleno

consentimiento.

La esencia de la cuestión que el ángel Gabriel planteó a María fue: “¿Estás

dispuesta a aceptar ser la Madre del Hijo de Dios?

¿Cómo podría Élla ser la Madre del Hijo de Dios sin, de alguna manera, llegar a ser

divina en sí? Entonces, la pregunta real que el ángel le preguntó fue, ¿María, consientes Tú

en

llegar a ser divina?

Una

segunda cuestión

parece estar implícita, ¿Das tu

consentimiento para que Dios se manifieste en Tu cuerpo?

Podrían pensar ustedes que alguno pudiera saltar a la oportunidad de ser divino

mientras permanece en esta vida. Pero nosotros estamos asustados de muerte ante tal

prospecto. Aún María y José, los dos más preparados, dudaron de llegar a verse

6

0

61

involucrados en el misterio de la Encarnación. Aunque hay algo en cada ser humano que se

extiende hacia la vida y felicidad ilimitadas haciéndose uno con Dios, también hay algo en

nosotros que teme ser apabullado por su trascendencia. Por supuesto Dios es infinitesimal

así como es infinito, tierno a la vez que poderoso. No hay peligro de este avance en

nosotros. Como el corazón saltando sobre las montañas en el Canto de Salomón, Él es el

más seguro de cualquier criatura.

Nuestra Señora es el corazón de la respuesta humana a Dios, porque Su

consentimiento es la fuente del consentimiento de cada uno. Nosotros nunca daremos el

consentimiento a Dios tan plenamente como podamos, hasta que entendamos qué significa

realmente el consentimiento de Ella. La Virgen dio el más práctico consejo de todos los

tiempos en su informal comentario a los meseros en la fiesta de bodas en Caná, “Hagan”

dijo, “lo que Él les diga”. Eso fue precisamente lo que Ella hizo. Hacer la voluntad de

otro, es en esencia llegar a ser ese otro. Hacer la voluntad de Dios es perder nuestra

propia identidad desunida para consentir al hecho de la presencia interior de Dios. Es

saber de dónde vienes y a dónde vas. Es saber quién eres tú.

¿Das tu consentimiento para llegar a ser divino? Esta es la pregunta formulada a

nosotros el día de hoy.

La segunda pregunta es más concreta, “¿Das tu consentimiento para que Yo, tu

Dios, pueda manifestarme en tu cuerpo?” ¡Es atemorizante! ¡Ser Dios en todo lo que

decimos, hacemos y somos! Tal es el consentimiento radical que Nuestra Señora dio. La

Iglesia, en su incontenible ambición por cada uno de nosotros, nos invita a hacer lo mismo.

-oo-

6

1

62

C a p í t u l o 25

Celebraciones de la presencia de Jesús

“LA FIESTA DE SAN JOSE”

“Así fue el nacimiento de Jesús. Su madre María estaba comprometida para

desposarse con José, pero antes de que vivieran juntos, Ella se encontró encinta por el

poder del Espíritu Santo. José su esposo, que era un hombre justo y no quería exponerla a

la vergüenza, decidió rechazarla en secreto.” (Mateo 1: 18-19).

Así como Abraham se convirtió en el padre de aquellos que tienen fe, renunciando a

la posibilidad de un sucesor, así José llegó a ser el esposo de María, sólo después de que él

se dio por vencido en su plan parta desposarla. Esto es todo alrededor de la pérdida y el

hallazgo de María. Es un paralelo de la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo. José

había destruido su corazón sobre el vivir con María como su mujer. Cuando su misterioso

embarazo dio al traste con su plan, él decidió que tenía que desistirse de la visión que se

había formado sobre su vida—su plan de servir a Dios con María como su esposa. ¿Pueden

ustedes pensar en alguien más difícil de darse por vencido que nuestra bendita Madre? La

causa de este corazón roto era Jesús en sí mismo. Este es un significativo patrón en la vida

cristiana. Posteriormente, José tuvo que pasar por la pérdida y el hallazgo de Jesús en el

templo; una aún más profunda participación en el Misterio de la Pasión, Muerte y

Resurrección de Cristo.

Cada buscador auténtico de Dios, desde el inicio de los tiempos hasta el final del

mundo, tiene que pasar a través de este misterio interno de muerte y resurrección, quizás

varias veces. El amor de José por María y su visión de vivir con Ella—y después su amor

por Jesús y su visión de vivir con Él—fueron sus dos grandes visiones, ambas dadas a Él

por Dios, y ambas aparentemente quitadas por las circunstancias que Dios arregló. Estos

fueron los dos ojos a los que tuvo que renunciar a efectos de ver con los ojos de Dios.

Él tuvo que claudicar a su visión personal con el objeto de llegar a ser la Visión en Sí

Misma. Esa es después de todo, la meta y términos de la Vida Cristiana.

¡Dios nos concede gente con gran visión! Por esto, quiero decir, hombres y mujeres

que se dedican ellos mismos a algún gran ideal o propósito. La ‘visión’ es lo que le da a la

vida ordinaria su dirección e invierte con ese propósito. Como un recorrido a través del

desierto, pradera o mar—todas ellas imágenes de la vida ordinaria en la literatura espiritual-

-uno podrá encontrarse con varios lugares de descanso: un oasis, un jardín de delicias

espirituales, o un puerto. Esta puede ser una ocasión de terrible tentación para una persona

de gran visión. Uno parece haber arribado al final de la propia laboriosa jornada y todos los

inmensos esfuerzos propios parecen estar llegando a fructificar. En realidad, el lugar de

descanso se convertirá en un lugar de veneno a menos que uno se apresure a continuar

avanzando. La consolación espiritual es perjudicial cuando sólo vio por su propia causa.

Pero ¿cómo puede uno seguir avanzando? ¿Es renunciando a la visión? No

precisamente. Más bien es estando anuente a hacerlo. Porque esa última renuncia es la

única manera de movernos más allá de lo que uno piensa que es la visión y aceptar lo que

6

2

63

realmente es. En otras palabras, es necesario renunciar a todas las propias ideas de cómo

alcanzar el lugar de la visión para llegar allá. Así, a Abraham le dijo Dios en el momento

más crítico de su vida, “Lleva a tu hijo…Isaac a quien tú amas, y ve a la tierra de Moriah y

ofrécelo a él como ofrenda en una de las montañas que Yo te diré” (Gen. 22: 2).

Parafraseando el texto, “Toma a tu gran visión, a tu ideal de la jornada espiritual y cómo

alcanzarlo, y ve al lugar que Yo te mostraré. Ahí, sacrifícamela”.

La lucha para llegar a la ‘tierra de la visión’ si uno no se conforma con algo menos a

lo largo del camino, induce al desengaño o aún a lo que está más cerca de la desesperación.

Es como caer muerto. ¡Tu mundo debe ser arruinado! ¡y tú con él! Tu idea de la vocación,

de la travesía espiritual, de la Iglesia, de Jesucristo, aún de Dios en sí mismo, debe ser

deshecha. El meollo del predicamento humano que Jesús tomó por su propia cuenta,

no consiste simplemente en nuestros pecados personales. Es nuestra ‘condición

pecadora’—todo lo que nos motiva solamente a reflejar la visión más que a

experimentarla.

-oo-

6

3

64

C a p í t u l o 26

Celebraciones de la presencia de Jesús

“DOMINGO DE RAMOS”

“Cuando ellos se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, al Monte de los

Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos diciéndoles: “Id a esa aldea y encontraréis una

asna atada y un borriquillo con ella; desatadla y traédmelos. Si alguien os dice algo,

respondedle, ‘el Señor los necesita, y enseguida los devolverá’.

Esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el profeta:

“Decid a la ciudad de Sión:

‘Mira, tu Rey viene a ti,

humilde montado en un asno,

en un borriquillo, cría de una bestia de carga”

Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado. Llevaron al asna y

el borriquillo, los cubrieron con mantas y Jesús montó. Había mucha gente, y unos

tendieron sus capas por el camino y otros tendían ramas que cortaban de los árboles. Y los

que iban delante y los que iban detrás, gritaban:

‘¡Hosanna al hijo del Rey David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

¡Hosanna en las alturas!’

Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó. Muchos preguntaban,

-¿Quién es éste? Y la gente contestaba;

‘Es el profeta Jesús, el de Nazareth de Galilea’ (Mateo 21: 1-11).

Algunos de los fariseos, ante el gentío, le decían a Él, ‘Maestro, reprende a tus

discípulos’. Él les respondió, “Yo os digo, que si estos callan, las piedras gritarán”. (Lucas.

19

: 39-40).

Este evento constituye el triunfo terrenal de la vida y ministerio de Jesús. La

multitud lo estaba siguiendo después del gran milagro que realizó al levantar a Lázaro de la

muerte. Las hermanas de Betania y Lázaro eran al parecer bien conocidos. A medida que el

gentío crecía, Jesús sintió que su Padre le estaba pidiendo acceder a esta aclamación. El se

sentó en la bestia de carga. Por primera vez, hasta donde sabemos, Él montó al lomo.

Estaba ligeramente arriba de la multitud y todos podían verlo. La gente comenzó a cortar

ramas de los árboles y las tiraba a Su paso frente a Él. Su entusiasmo se volvió contagioso.

Toda la ciudad se precipitó por la emoción. La multitud estaba batiendo palmas, cantando y

aclamándolo como Hijo de David, el rey de Israel de tiempos pasados, y padre del Mesías.

Las palabras claramente indicaban una visitación divina. Esa es la razón por la cual los

fariseos le demandaron, ‘Pide a tus seguidores que dejen de gritar; te están haciendo igual a

Dios’. Él les responde, “Yo os digo que si ellos se aquietan, las piedras gritarán”. Toda la

creación estaba dando testimonio de que el final de Su vida se acercaba, Él que es la fuente

de todo lo que existe.

6

4

65

Los tumultuosos gritos y aplausos de la inmensa multitud, forman el antecedente de

la increíble entrada a Jerusalén. Cuando Él llegó a la cima del Monte de los Olivos, la

procesión se detuvo, y Jesús lloró sobre Jerusalén. El lloró porque la ciudad no pudo

percibir la gran oportunidad que estaba a punto de perder. El estaba bien consciente de que

las autoridades estaban planeando su muerte, y que las adulaciones que estaba recibiendo,

podrían convertirse pronto en condenación. El superficial entusiasmo de la multitud tenía

un sonido vacío.

Nada pudo tener las peores relaciones públicas que tener a la celebridad del

momento llorando a lágrimas, especialmente cuando estás tratando de convertirlo en un rey

o en un Dios. Jesús lloró debido a la profunda tragedia que sólo Sus ojos eran capaces de

percibir. “Jerusalén”, sollozó, “Si tan sólo hubieras conocido el tiempo de tu visitación.

Ahora es demasiado tarde”. De aquí que la ciudad que tanto amó, estaba condenada a

padecer total destrucción. No conoció el tiempo de la divina visitación.

Jesús es el paradigma de la humanidad, el ser humano universal, la idea de Dios de

la naturaleza humana con sus enormes potencialidades. De acuerdo al gran himno de Pablo

a la humildad de Dios, la divina Persona de la Palabra, fuente de todo lo que existe, no se

aferró a su divina dignidad o prerrogativas, sino que las dejó fuera. En Dios parece haber la

necesidad de no ser Dios. En la creación, Dios, en un sentido, muere porque ya no está

solo; está completamente involucrado en la evolución de estas criaturas a quienes Él ha

hecho tan amorosamente.

Cristo se vació a sí mismo del divino poder que lo podría haber protegido y se abríó

a sí mismo en total vulnerabilidad extendiendo los brazos en la cruz para abrazar a todo el

sufrimiento humano. En el mayor sentido real, nosotros somos también el cuerpo de Dios;

somos igualmente una nueva humanidad en la cual la Palabra se hace carne; nosotros

podemos asimismo ponernos al servicio de la divina Palabra. Por consiguiente, Dios está

experimentando la vida humana a través de nuestros sentidos, nuestras emociones y

pensamientos. Cada uno de nosotros puede dar a la Palabra eterna una nueva manera en la

cual Ésta descubre su propio potencial infinito. Entonces Dios se conoce en nosotros y

experimenta la condición humana en todas sus ramificaciones. La Palabra vive en

nosotros, o más exactamente, ¡nos vive! Nosotros estamos incorporados a la ‘nueva

creación’ que Cristo ha traído al mundo al convertirse en ser humano. Nosotros

dejamos atrás al falso-yo y la solidaridad con Adán, lo cual es solidaridad con el pecado,

muerte y miseria humana. Jesús nos invita a experimentar su conocimiento del Padre, el

Abá de la infinita preocupación, el Dios que trasciende al sufrimiento y al gozo, y se

manifiesta igualmente en ambos.

Cristo en el jumento, recibiendo los vítores del gentío, se transporta hacia su muerte.

Esta es la manera de revelar el corazón de Dios de una vez para siempre, de tal manera que

nadie pueda dudar aún de Su infinita misericordia. El sacerdote dice sobre el pan y el vino,

“Este es mi cuerpo”. El poder de estas palabras se extiende a cada uno de nosotros

como Cristo aviva y celebra su gran sacrificio en nuestros propios corazones diciendo,

“Tu eres mi cuerpo”, “Tu eres mi sangre”. Tu, con toda la humanidad, son una

manifestación en la carne, de la nueva creación.

6

5

66

C a p í t u l o 27

Celebraciones de la presencia de Jesús

“J U E V E S S A N T O”

“Entonces (Jesús) echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies a sus

discípulos y a secárselos con una toalla alrededor de su cintura”

(Juan 13: 5)

El texto, leído en la liturgia durante la Cuaresma, tiene la intención de facilitarnos el

entendimiento de los sagrados misterios de Semana Santa. Pensemos en la mujer penitente

quien lavó los pies de Nuestro Señor con sus lágrimas, y en María de Betania, quien ungió

Sus pies con perfume. Era la costumbre de ese tiempo lavar los pies de un invitado, ofrecerle

un beso de bienvenida y ungirle la cabeza con óleo. No era la costumbre sin embargo, besar

aquellos pies, o lavarlos con las propias lágrimas, ni aplicarle óleo precioso de gran precio en

los pies más que sobre la cabeza del invitado. ¿Por qué de tales extremos de parte de aquellas

dos devotas mujeres?

Ellas, evidentemente quisieron demostrar que no se trataba de un invitado ordinario.

Seguramente la divina bondad, quien alabó la extravagancia de aquellas dos mujeres, no

podría menos que ofrecerte a ti y a mí la ordinaria cortesía, si nos invita a Su mesa de

banquete.

Con este antecedente en mente, nosotros podemos entender porqué Jesús lavó los pies

de sus discípulos. Ellos iban a ser sus invitados a la primera cena eucarística, justamente

como nosotros lo somos en la conmemoración de la misma. Esta participación en el cuerpo y

la sangre del hombre-Dios, es el compromiso de un más grande banquete: el comer y beber

de la vida inmortal y amor en el eterno banquete del cielo, donde nuestro nutriente será la

divina esencia en Si misma.

Pero como invitados a la mesa de banquete del Señor en este mundo, y como

receptores de la divina hospitalidad, los discípulos tuvieron que recibir al menos las

ordinarias señales de cortesía; esto es, el lavado de pies, el beso de bienvenida, y la unción

con óleo. Estas tres acciones forman un todo orgánico. Omitiendo cualquiera de ellas, habría

tenido que fallarse en cortesía, algo que el Padre nunca haría a las visitas invitadas a su cena.

Estas tres señales de cortesía corresponden a tres etapas de la iniciación cristiana.

Primero viene el lavado de los pies, símbolo del Bautismo, el cual debe preceder a la

Eucaristía. Esta última representa al beso de bienvenida, la intimidad de la unión, y el mutuo

compartir de amor profundo. La unción de la cabeza con óleo perfumado, sugiere la gracia

del sacramento de la Confirmación. Jesús no ungió la cabeza de sus discípulos en esta

ocasión porque el Espíritu aún no les había sido enviado. Después de Su pasión y

resurrección, sin embargo, esta cortesía culminante fue obsequiada.

En nuestro caso, no obstante, está siendo obsequiada en cada recepción de la

Eucaristía, particularmente en la renovación anual del misterio de la Pascua. Hemos visto a

Juan descansando en el pecho de Jesús en la Última Cena, un símbolo presagiando y

anticipando esta gracia. La unción de Jesús por María de Betania, apunta hacia la efusión del

6

6

67

Espíritu sobre Él y sobre todos sus miembros, especialmente aquellos que tienen parte en la

cena. Pero a Juan le fue dada la realidad más allá del símbolo. Descansando en el pecho de

Jesús, recibió la gracia, de la cual la unción de la cabeza con óleo es el signo externo.

Estos recordatorios de la divina hospitalidad, de la inconcebible cortesía que Dios ha

extendido hacia nosotros, nos hacen aproximarnos al Misterio Pascual con corazones

humildes y agradecidos. ¿Cómo podemos agradecerle al Señor por esta invitación, por la

increíble profundidad de este compartir?

Habiendo purificado nuestros corazones por la acción de la gracia de nuestro

Bautismo y esperando con ansia la plenitud del Espíritu que esperamos recibir, consumimos

la carne de Cristo, la cual, como carbón vivo alberga dentro de Sí la eterna flama del Espíritu.

A medida que recibimos a Jesús en nuestros corazones, nuestro ser íntimo es

incendiado, y somos puestos en dirección de la más profunda realidad de la vida

humana, la presencia de la Santísima Trinidad en la profundidad de nuestro espíritu.

-oo-

6

7

68

C a p í t u l o 28

Celebraciones de la presencia de Jesús

“L A V I G I L I A P A S C U A L”

“Aleluya, Aleluya, Aleluya”

(Salmo responsorial de la Vigilia de Pascua de Resurrección)

Cuando escuchas el triple ‘Aleluya’ que nos introduce a la estación de Pascua en un

estallido de gozo, ¿qué realmente escuchas? ¿Qué sucede dentro de ti cuando escuchas esas

estremecedoras aclamaciones?

¿Solamente escuchas el sonido Aleluya y piensas, ‘qué bello’? O te dices a ti mismo

‘mira a ese pobre hombre que está tratando de cantar, ¿por qué no toma alguna clase de

canto? Puede que tengas razón, pero si solamente esa es tu reacción, te podrías perder las

gracias especiales de esa ocasión.

Quizás tus pensamientos giran alrededor del significado de la palabra Aleluya,

recordando que significa algo así como ‘Hurra’, ‘Viva’, ‘Bravo’,--un clamor de victoria—y

tú reflexionas, ¡Esta es la Pascua! ¡Debo regocijarme! Quizás algunos de ustedes perciban un

espontáneo gozo con el pensamiento del triunfo de Cristo sobre la muerte; un apacible

sentido de gratitud a Dios por esta benevolencia; o un sentimiento de cuánto Él te ama, o qué

tanto tú lo amas a Él.

Tú podrías experimentar algo como un volcán explotando dentro de ti--un tremendo

estallido de gozosa energía viniendo desde lo más profundo de ti, que te causa olvidarte de

todos tus pensamientos, de la fatiga de la tarde de la Vigilia Pascual, y lo que sucede más

adelante.

Si tú tienes tal experiencia, estás bien preparado para celebrar el Misterio Pascual.

Tocas la realidad por la cual todos los símbolos de la liturgia de esa noche están

tartamudeando. Penetras el misterio de la resurrección de Cristo. Te identificas con Cristo

cuando te olvidas de ti mismo y te llenas de Su gozo.

¿Jesús, experimentó algo similar cuando el Espíritu Santo lo alcanzó en el sepulcro,

tomando y levantando su cuerpo mortal y divinizándolo? ¿Pensó Él, “Estoy levantándome

del sepulcro” o “estoy vivo”? ¿O fue justamente la experiencia de vida—más allá de

palabras, pensamientos o sentimientos? ¡Experiencia pura! ¡Gozo puro! ¡Vida plena!

Cualquiera que responde al sonido del Aleluya con la pura experiencia de unidad con

Cristo, ha entendido la Resurrección. Aquellos que no han experimentado esa unión aún, no

deberían tener duda, ni vacilación de que Dios los está llamando a esta experiencia. Él nos

está llamando, especialmente a través de esta celebración litúrgica de Su resurrección, para

convertirnos en lo que el Bautismo ya nos hizo. El Bautismo ha sido hecho para nosotros.

Nada hicimos para tenerlo—ni siquiera si fuimos bautizados ya adultos. Es don puro de Dios.

La vida eterna ha comenzado en nosotros. Somos los hijos de Dios, incorporados al cuerpo

de Cristo; su Espíritu habita en nosotros. Todos nuestros pecados son perdonados. La

oscuridad de nuestra ignorancia y la debilidad de nuestra voluntad están siendo sanadas. Y si

6

8

69

algo nos está faltando, Cristo, quien está intercediendo por nosotros en el cielo a la derecha

del Padre, nos lo dará también.

Estamos respondiendo a esta intuición si, al momento de escuchar el Aleluya, nos

identificamos con Cristo; Él es nuestro por el Bautismo. Solamente nos resta llegar a ser lo

que somos y disfrutar lo que poseemos.

El poder de esta noche sagrada disipe todo mal, se lleve nuestras culpas, restituya la

inocencia perdida… (Proclamación Pascual—Exultet).

La liturgia de la Vigilia Pascual nos despierta a la comprensión de Cristo levantado en

nuestros corazones por medio de una serie de imágenes, palabras y símbolos. El magnífico

himno en honor del fuego Pascual conocido como el Exultet, explica lo que está sucediendo

dentro de nosotros por medio de estos ritos simbólicos. Esta sagrada Vigilia es en sí misma el

signo principal, a medida que nos recuerda toda la historia de la salvación, especialmente el

pasaje del pueblo de Israel a travesando el Mar rojo, del cual leemos en la segunda

enseñanza. La liturgia de esta noche está tratando de prepararnos para el Bautismo o para la

renovación del Bautismo y, para efecto de entender qué significa esa gracia, llevarnos al

conjunto de la historia sagrada. El poder salvador de Dios está vigorosamente presente en el

Bautismo al igual que lo estuvo durante el paso de los israelitas por el Mar Rojo, y

justamente como lo está en nuestro pasaje de esta noche de la oscuridad hacia la luz.

Hay dos momentos principales en estos ritos sagrados a los que debemos aferrarnos

para efectos de entrar profundamente en la renovación de nuestras promesas bautismales.

Antes que nada, echemos un vistazo a lo que sucedió tempranamente en esa tarde. En la

bendición del Fuego Nuevo, rezamos: “Oh Dios, bendice este fuego nuevo para disipar la

oscuridad de nuestros corazones y mentes. Condúcenos con esta luz como Tú condujiste a

Moisés y a su gente a través del Mar Rojo. Enciende en nosotros el fuego de tu Gloria”.

El Fuego Nuevo es el símbolo del poder del Espíritu Santo brotando de la tierra

en la cual se derramó la sangre de Cristo. Una flama es tomada de ese fuego para encender

el Sirio Pascual y rezamos de nuevo: “Disipe la luz del Cristo Resucitado las sombras de

nuestras mentes y corazones”. En la unión de la flama con la mecha, celebramos el momento

en el cual el espíritu de Cristo reingresa a Su cuerpo y Él resurge en gloria desde la muerte.

De aquí que el fuego pascual está claramente identificado como la resurrección de Cristo

entre nosotros. Este símbolo comunica lo que nosotros celebramos esta noche—el misterio

que tiene lugar interiormente más allá de símbolos, por el cual todos los símbolos y palabras

están diseñadas para conducirnos.

Recordemos qué pasa a continuación. Habiendo identificado a Cristo como el pilar de

fuego que condujo a los israelitas en su travesía, nosotros también atravesamos el Mar Rojo,

simbolizado por la procesión por el largo corredor en completa oscuridad. Esa procesión es

para cada uno de nosotros un nuevo evento salvífico. Al igual que los egipcios, símbolo de la

tiranía del pecado, fueron totalmente destruidos cuando trataron de perseguir a los israelitas

fugitivos dentro del Mar Rojo, así, nuestros pecados y culpas son destruidos una vez más y

más profundamente que nunca.

Existen muchas noches oscuras. La manera de distinguir la oscuridad del pecado, de

la divina oscuridad, es fe en Cristo resucitado. A medida que entramos al templo y otras luces

son encendidas de la flama del cirio pascual, la luz comienza a extenderse e iluminar la

oscuridad, no por hacerse más brillante, sino por ir comunicando su propia luz. A medida que

6

9

70

cada uno de nosotros recibe la flama, la luz se extiende a todo el edificio y todos son

iluminados. La luminosa flama que sostenemos en nuestras manos es el símbolo de lo que

nos sucede interiormente; Cristo resucita en nuestros corazones—y ¡nosotros lo

percibimos! No es una cuestión de emoción, sino de convicción. Cristo destruye nuestras

maldades y nos trae, a través de la procesión en el corredor oscurecido, a un nuevo nivel

de inocencia y a un nuevo nivel de participación en Su divina luz. El Exultet proclama

con espléndida confianza en el Cristo glorificado, que ésta es la noche en la cual el poder

espiritual nos ha sido dado por el Cristo resucitado. La vela encendida que llevamos en las

manos es el símbolo de nuestro poder para vivir la vida naciente de Cristo. Estos eventos

tienen lugar en un nivel de fe, esperanza y amor –ninguno de los cuales es percibido

inmediatamente por nuestros sentidos, imaginación, o emociones. Pero ellos son reales, tan

reales como el pueblo de Israel pasando por el Mar Rojo, y justamente tan reales como Cristo

emergiendo de la muerte. Es la misma acción salvadora de Dios que tuvo lugar en el Antiguo

Testamento, que fue cumplida en el Nuevo, y es ahora nuestra en la celebración del misterio

Pascual.

Los ritos sagrados no son un atajo que utilizamos para alcanzar al divino

misterio; ellos son algo que nosotros atravesamos para alcanzar la fe en el Cristo

viviente. Es así que el Exultet canta con buena razón “¡Oh santa noche, Oh bendita noche,

Oh noche que has disipado la oscuridad del pecado!”. La litúrgica oscuridad de esta sagrada

noche es la divina oscuridad que es comunicada a nosotros, más allá de los sentidos y de la

razón, la vida divina que será completamente nuestra en la eternidad. El poder de la

resurrección de Cristo, simbolizado por el cirio Pascual y por nuestra participación en su

flama, es comunicado a nosotros interiormente, y nos convertimos en beneficiarios de Su

poder para disipar el mal, para lavar nuestras culpas, y restaurar la inocencia. Inocencia en el

sentido escritural, es intimidad con Dios el Padre. El retorno a la filiación es el primer

fruto de la Resurrección de Cristo. Mientras nos abrimos a la divina luz, la cual se hace

más luminosa a medida que revela la vida divina dentro de nosotros, el misterio de la vida

divina se convierte en el tema central de esta estación Pascual.

-

oo-

7

0

71

C a p í t u l o 29

Celebraciones de la presencia de Jesús

“L A A S C E N S I Ó N”

.

“Cuando todavía estaba con los apóstoles, Jesús les advirtió que no debían irse de

Jerusalén. Les dijo: “Esperad a que se cumpla loa promesa que Mi Padre os hizo y de la

cual Yo os hablé. Cierto es que Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días vosotros

seréis bautizados con el Espíritu Santo. (Hechos, 1:4-5)

En el día de la Ascensión, nosotros nos regocijamos en el triunfo de nuestro Señor

Jesucristo, en Su exaltación al lado derecho del Padre y la glorificación de Su naturaleza

humana. Nos regocijamos igualmente en su venida invisible como Espíritu Dador-de vida en

nuestros corazones. Él desaparece pero regresa de nuevo. Desaparece de este mundo visible,

pero sólo para volver a entrar en las profundidades de cada corazón humano, y allí a

invitarnos a la experiencia del fruto maduro de Su resurrección en el desbordante poder del

Espíritu Santo. Ahora el Señor comienza a dar a conocer al Divino Espíritu en los corazones

de aquellos que creen, y experimentamos al Espíritu Santo brotar de nuestro ser íntimo y fluir

a través de nuestra naturaleza humana íntegra. Nuestros pensamientos, nuestras emociones,

nuestros mismos cuerpos están resplandecientes con el E. Santo. Las alabanzas del Dios

viviente salen a borbotones sobre nuestros labios, no justamente de nuestros propios

corazones, sino del corazón de Dios en sí mismo, habitando dentro de nosotros.

“A ustedes”, dice Jesús a sus discípulos, “les son dados a conocer los misterios del

Reino de Dios”. El Reino de Dios es el apogeo de luz, vida y amor que ha sido

desencadenado en nosotros por el poder de la Resurrección y firmemente establecido por la

gracia de la Ascensión. Es imposible sobreestimar el poder espiritual que ahora está actuando

dentro de nosotros. “Esperen en Jerusalén”, dice Jesús, “por el poder que viene de lo Alto”.

“Nuestro Dios es un fuego consumible” nos dice el profeta. Hoy podemos decir

que nuestro Dios es energía ilimitada, una explosión nuclear que nunca termina Es

ilimitada porque su fuerza está en Dios y es Dios. El amor divino es poder verdadero, pero lo

opuesto al control o manipulación. Es el poder de dar sin interrupción y sin un final. Como el

sol, nunca para de radiar energía, luz y dar-la vida. Aún y cuando cada uno cierre la

cortina para esconderse del sol, éste continúa vertiéndose hacia fuera. El sol es una buena

imagen de Dios como ‘un fuego que se consume’. El divino amor es la emanación de luz,

vida y amor sin interrupción, y no es en modo alguno desanimado por cualquier clase de

resistencia. Este, continúa viniendo.

¿Cuál es nuestra respuesta a la gracia de la Ascensión? Mediante las lecturas que nos

preparan para esta fiesta, Jesús propone un nuevo entendimiento del mandamiento del amor.

Él ha confirmado las enseñanzas del Viejo Testamento, las cuales son el corazón de la

verdadera moralidad, que debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Ahora

Él nos da un nuevo mandamiento: amar a los demás como El nos ha amado, lo cual es algo

infinitamente más demandante. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es el más

alto logro del amor humano. Pero Cristo nos está pidiendo no sólo el amor humano, sin duda

7

1

72

noble, sino el amor divino en Sí mismo. El amor divino es la capacidad de amar sin

limitación alguna, y mantenernos amando aún y cuando todas las cortinas en el mundo

estén cerradas contra nosotros. Es amar a nuestro prójimo con aceptación incondicional.

Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es la ley del amor humano. Es el acto de

dar y recibir afecto, y ser amado en reciprocidad. Consecuentemente está relacionado con la

gratificación de amar.

Amar como Jesús nos amó a nosotros es amar con Amor Divino, con el amor de las

personas de la Sma. Trinidad, el cual es total auto-ofrenda. Ellos no aman para recibir amor

a cambio, sino porque es parte de la naturaleza del Divino Amor el dar, verterse hacia fuera,

el ofrendarse, y hacerlo no por otra razón sino porque es Don puro. Nosotros también

debemos amar, no con el objeto de conseguir algo, sino porque estamos llamados a ser

agentes del amor divino, a identificarnos con éste, y a ser canales para esta inmensa

energía, hasta que el mundo sea transformado por Cristo, y Él sea todo en todo. Nos

ofrendamos, no porque así lo escojamos, sino porque Jesús nos ha escogido y nos ha

mandado a amar como él nos ha amado.

Cuando dos o más personas se aman entre ellas, están unidas. Pero aquellos que son

llamados al amor divino, son llamados a la unidad. “Padre, que ellos sean uno, como Tú y

Yo somos uno”. La energía del divino amor ha sido introducida a nuestros corazones en el

Bautismo e incrementada por la Eucaristía y por la celebración anual de la Resurrección.

Ahora, en esta fiesta de la Ascensión, estamos invitados a entrar más profundamente

aún en el misterio de la vida divina, el cual es el infinito intercambio del amor divino. El

amor de Cristo está presente en nosotros como una inmensa energía espiritual. El Señor Jesús

nos pide ejercitarla y transmitirla hasta que sea nuestra vida total. Entonces Él será todo en

todo en nosotros. Él será lo que es—el Cristo glorificado.

-

oo-

7

2

73

C a p í t u l o 30

Celebraciones de la presencia de Jesús

“L A A S U N C I Ó N”

“Y María dijo: “Mi alma proclama la grandeza del Señor, se alegra

mi espíritu en Dios mi salvador, porque Ha mirado la humillación de su esclava. Desde

ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque el Todo-Poderoso ha hecho

grandes maravillas por mí, Su nombre es Santo…”.

(Lucas,1, 46-49)

Hay tres maneras en que nosotros podemos considerar esta fiesta. Primero

podemos discutir lo que la fiesta conmemora. Conmemora el hecho de la Gloria de Nuestra

Señora. Este es el significado para ella.

Nosotros podríamos considerar cuál es el significado para cada uno. Todo el

impulso de nuestra historia personal como cristianos es llegar a ser lo que Ella es.

Nosotros también vamos a ser tomados hacia arriba en cuerpo y alma en la resurrección.

El tercer punto de vista es el más difícil de discutir, y ese es lo que la

festividad realmente significa. Es el aspecto más importante de esta fiesta.

La Asunción de María es una erupción dentro de nuestro limitado rango de

percepción de algo que necesitamos desesperadamente conocer y experimentar en nuestro ser

íntimo. El mensaje es que resulta ser seguro ser humilde. Es seguro aceptar nuestra

poquedad, y lo que humanamente hablando resulta más desconcertante, el sentimiento de ser

‘nada’.

En su Magnificat Nuestra Señora proclamó: “Dios ha mirado complacido a su

humilde esclava en su poquedad”. Esta no ha sido solamente una declaración piadosa;

emerge de una gran profundidad de experiencia y conocimiento. Ella conocía que esto era un

hecho. Ella no temía conocerlo; por el contrario, encontró que era la fuente de su gozo,

“…Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador…”. Ella no estaba confundida por necesitar un

salvador. Estaba plenamente descansando en el centro de Su pequeñez.

Tan pronto como uno acepta ser una criatura, uno entra en la actividad

creativa de Dios. Aceptar ser una criatura es estar limpio del falso-yo, ser inmaculado.

Santo Tomás nos dice que “el alma humana es una cierta capacidad para

Dios”. Esta capacidad ha sido unida a un cuerpo material. Quizás podríamos definir a un ser

humano como la vacuidad con una figura. La Asunción de María es la presencia de Dios

llenando esa figura. Su espacio se convirtió en el espacio de Él, y éste, se convirtió en el de

Ella. En la medida en la cual permanecemos en nuestra vacuidad, permanecemos en

Dios. Y en la misma medida Él puede comunicarse a Sí mismo a los demás a través de

nosotros.

Este es el patrón de la vida humana de Nuestro Señor como Él lo explica en el

Evangelio de Juan. La Palabra Eterna proviene del Padre sin ninguna separación. Él avanza

dentro del mundo sin haber dejado al Padre. Él trabaja en este mundo mientras

7

3

74

permanece en perfecto descanso en el pecho del Padre. Él actúa, pero siempre

permanece unido a Su fuente.

Jesús, la Palabra hecha carne, recomienda que nosotros también actuemos sin

nunca perder la conciencia de nuestra fuente. “El Padre, que me ha enviado, tiene vida, y yo

vivo por Él. De la misma manera, el que me coma vivirá por mí” (Juan 6, 57). Así como Jesús

está unido al Padre como Su Fuente, igualmente nosotros estamos unidos a Jesús como

nuestra Fuente. ¿Cómo? De la misma manera que Nuestra Señora puso en práctica y

ahora comparte con nosotros a través de la gracia de Su Asunción—la aceptación de

nuestra insignificancia.

-

oo-

7

4